FRANCISCO SERRANO ANGUITA

LA PAJARA

COMEDIA EN TRES ACTOS

2º Apunte

1º Apunte



MADRID
1926

7

Anastasio López Merino (Cuadrado)

2º Apunte

Se despidió el día 4 de Febrero de 1927

Compañía

Carmen Seco

A Carmen Seco, la ilustre actriz, con admiración y afecto.

Serrano Anguita

Madrid, novbre 1926.

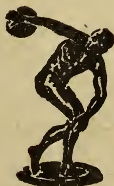
LA PAJARA

FRANCISCO SERRANO ANGUITA

LA PAJARA

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

Se estrenó en el teatro Poliorama, de Barcelona, la n che del del 27 de abril de 1926, y en el de Lara, de Madrid, el 12 de noviembre del mismo año.



TALLERES GRAFICOS PIÑERA
MORATÍN, 63
MADRID

A Leocadia Alba, gloria de la escena española.

Con admiración y gratitud,

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
GUADALUPE	Concha Catalá.
DAMIANA......................	Leocadia Alba.
EUSEBIA.......................	Carmen Cuevas.
IGNACIA.......................	Concepción Piquer.
ENCARNA......................	Mercedes Málaga.
PABLO..........................	Salvador Solér Marí.
DON GASPAR..................	José Isbert.
ECEQUIEL......................	José Balaguer.
EL BARRIGÓN.................	José Ortolano.
EUSTAQUIO....................	Enrique Amyach.

La acción en Castilla. Epoca actual.

Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO PRIMERO

Se va a desarrollar este acto en cualquier ciudad castellana de tercer orden, y en la casa, modesta y limpísima, de Guadalupe, heroína de la fábula. Una habitación dispuesta con gran sencillez. Un aparador; una mesa de comedor cubierta con un mantel; dos sillones y seis sillas; alguna mesita auxiliar; maceteros con plantas y una lámpara eléctrica pendiente del techo. Todo de poco precio. pero en muy buen uso. En el aparador, pañitos blancos y el necesario servicio de loza y cristal. Puerta al foro, y otra en el lateral izquierda. A la derecha del foro, en ochava, amplia ventana, por la que entra a raudales la clara luz del mediodía. Forillo de lejanas cumbres y cielo espléndidamente azul. Cortinas de tul blanco en las puertas y en la ventana. Al pie de ésta, una máquina de coser. Tiestos de flores en el alfeizar del ventanal. En el lateral derecha, un diván forrado de cretona. En las paredes, algunos retratos con sencillos marcos.

(Cuando se alza el telón sale por la izquierda GUADALUPE, *seguida de* EUSEBIA. *Viste Guadalupe, que es mujer de unos treinta años, un traje modesto, y lleva un velo a la cabeza. Eusebia es la criada de la casa.)*

GUADALUPE. *(A Eusebia.)* Tardo muy poco, Eusebia. Voy sólo a comprar unas cosillas. Mientras, ve arreglándolo todo. Acaba de poner la mesa, ¿eh? Prepara el agua con los «lithines».

EUSEBIA. ¿Los qué...?

GUADALUPE. Los «lithines»; esos papelitos para el agua.

EUSEBIA. ¿Unos polvos blancos, que la hacen tal que gaseosa?

GUADALUPE. Sí, mujer, sí.

EUSEBIA. Mire usté que a mí me da reparo andar con esos menjurjes. Que a lo mejor dan un estallío, y, como una no entiende...

GUADALUPE. ¿Serás tonta? ¿Cómo va estallar?

EUSEBIA. Güeno; una lo advierte...

GUADALUPE. ¿Trajiste el periódico?

EUSEBIA. *(Señalando al aparador.)* Ahí está.

GUADALUPE. En la cocina no revuelvas hasta que yo venga, no hagas la gracia del domingo pasado.

EUSEBIA. ¿Ni picar la ensalá?

GUADALUPE. Eso sí, mujer. *(Suena dentro un timbre.)* Oye, ¿quién será?

EUSEBIA. ¡Como no sea don Mariano...!

GUADALUPE. Aun es pronto. Ve a abrir. (EUSEBIA *se va por el foro, y Guadalupe mira la hora en su reloj de pulsera.)* No es posible. A no ser que haya venido en auto... *(Vuelve por el foro* EUSEBIA, *con* ECEQUIEL, *un rústico que viste al modo de los aldeanos de Castilla, y que trae dos cajas: una grande, cuadrada, y otra larga y estrecha, de las que se usan para guardar sombrillas.)*

ECEQUIEL. *(Al entrar.)* Santos nos los dé Dios, señorita Guadalupe. Ya la veo a usté tan güena...

GUADALUPE. Hola, Ecequiel. ¿Qué trae por aquí?

ECEQUIEL. Estos mandaos, e parte e don Gaspar.

GUADALUPE. *(Alegremente sorprendida.)* ¿Ha vuelto su amo? ¿Cuándo?

ECEQUIEL. Esta madrugá; en el tren e las cuatro.

GUADALUPE. ¿Y cómo viene?

ECEQUIEL. El cree que mu bien. Yo le encuentro algo quebrao el color, y, como aquel que ice, un

poco más flacucho... ¡Usté calcule, con lo que ha trotao, que ha corrío medio mundo!

GUADALUPE. *(Sonriendo.)* No tanto, hombre; sólo ha estado un mes fuera.

ECEQUIEL. ¡Así que no se puén ver tierras en un mes, con tanto areoplano, y tanto otomóvil, y tanto sumarino como ahora hay! ¡Ha dío hasta a Palace, que lo pone un papel que trae pegao en la maleta...!

GUADALUPE. Ande, Ecequiel, ande... Y eso *(Por los paquetes que Ecequiel dejó sobre la mesa.)*, ¿qué es?

ECEQUIEL. Los mandaos. El amo me ijo que los trujese pa acá, y que le dijera a usté que él venía diquiá un rato. Está afeitándose. *(Con mucho asombro.)* ¡Y afeitándose solo!

GUADALUPE. ¡Digo!

ECEQUIEL. ¡Y sin mirarse al espejo! Con un chisme así, como e relojería, que lo afila él mesmo metiéndolo en un cacharro y tirando pa arriba y pa abajo por un mango que tié. ¡Que ya he pronosticao yo, de que lo vide, que se tié de cortar un deo!

GUADALUPE. *(Sacando una peseta del bolso y dándosela a Ecequiel.)* Bueno; tenga, por el viaje.

ECEQUIEL. *(Haciéndose el remolón, pero alargando la mano.)* ¡Amos...!

GUADALUPE. Tome, hombre.

ECEQUIEL. ¡Amos...!

GUADALUPE. *(Impacientándose.)* ¡Vaya, no sea bobo!

ECEQUIEL. ¡Amos... traiga usté *(Cogiendo la peseta.)*; y no le diga ná a don Gaspar, que me encargó mucho que no tomase la propina!

GUADALUPE. *(Riendo.)* Descuide, Ecequiel.

ECEQUIEL. *(Despidiéndose.)* ¿Manda usté alguna cosa?

GUADALUPE. Que le dé las gracias a su amo. Y dígale que no tenía que haberse molestado.

ECEQUIEL. *(Iniciando el mutis hacia el foro.)* De su parte. Y a seguir bien. *(A Eusebia.)* Adiós, zagala, ¡que miá que lucía te estás poniendo ende que no me hablas! *(Intenta cogerle un brazo.)*

EUSEBIA. *(Rechazando a Ecequiel.)* ¡Arre allá, zoquete! (ECEQUIEL *se va por el foro, riendo.)* ¡Vaya el maldito e tó Dios!

GUADALUPE. Déjalo estar, mujer. Y yo también me voy, que ahora sí que no tardará don Mariano. Haz lo que te he dicho.

EUSEBIA. *(Asombrada.)* ¿Se va usté sin mirar lo que han traío?

GUADALUPE. *(Yéndose hacia el foro.)* ¿Qué más da? ¡Como si no hubiese tiempo! *(Se va.)*

EUSEBIA. Diquiá luego, señorita. *(Una vez que está sola.)* Güeno; a estas mujeres que están a «pídeme boca», tó las trae sin cuidao... *(Mirando las cajas.)* ¡No es pa mí, y tengo ya un reconcomio de ver lo que hay drento...! *(Cogiendo la caja de la sombrilla.)* En esta tié de haber un paraguas o una escopeta. Pero, ¿y aquí? *(Por la otra caja, que examina con mucha curiosidad, y que acaba por coger también.)* ¡Jésus lo que pesa! *(Dando vueltas al paquete.)* ¡A lo mejor es cosa e platería! ¡Amos, que es suerte la de esta mujer, que tós son a regalarla y a traerla en palmitas! *(Suena dentro el timbre, y Eusebia, asustada, deja caer la caja sobre la mesa.)* ¡Ay, Dios mío! ¿Quién llamará...? ¡Me he quedao sobrecogía! Pué que sea el amo... *(Se marcha por el foro, y vuelve al instante, muy incomodada e increpando a* ECEQUIEL, *que la sigue.)* ¿No te digo que no está la señorita, que

ha salío a ná que tú te fuiste? ¡Largo pa la calle!

ECEQUIEL. Pero... ¡miá que eres arrenegá, criatura! ¡Si es que se me olvidó lo que más me había encargao el amo!

EUSEBIA. ¡Vuelves luego y lo ices!

ECEQUIEL. Te lo igo a ti, y Santas Pascuas. ¡No creas que voy a comerte, que no tiés ni un mal bocao!

EUSEBIA. ¡Bocao y serreta es lo que tú necesitas, so buche! ¡Habla ya, y te marchas!

ECEQUIEL. Dijo el amo que esa caja grandota no la muevan e como yo la truje, que lo que hay drento es mú delicao. ¡Ya ves tó lo que tenía que ecir!

EUSEBIA. *(Espantada.)* ¡Angela María! ¿Que no la moviésemos? ¿Que es delicao lo que tié drento? ¡Sí que la hice güena!

ECEQUIEL. ¿Por qué?

EUSEBIA. Porque como tú no avisaste ná, le he estao yo dando güeltas a la caja, y cuando has pegao ese campanillazo se me ha caío e golpe... ¡y tié de haberse escacharrao lo que sea!

ECEQUIEL. ¿Y me llamas buche a mí? ¡La borrucha eres tú, manos e trapo!

EUSEBIA. ¿Y por qué no lo has advertío?

ECEQUIEL. ¿Y por qué te metes en lo que no te importa, catasalsas? *(Coge la caja, se la acerca a una oreja y la agita con mucha precaución.)* ¡Sí que suena como si se hubiá roto algo!

EUSEBIA. ¿A ver?... *(Acercando el oído a la caja.)* Yo no oigo ná...

ECEQUIEL. ¡Boba! ¡Porque no te arrimas! ¡Fíjate! *(Juntando su rostro al de Eusebia y volviendo a mover la caja.)* ¿Oyes ahora? *(Se arrima más a Eusebia.)*

EUSEBIA. (*Intentando apartarse.*) ¡Amos, anda allá, esahogao!

ECEQUIEL. ¡No te muevas, mujer! ¿No sientes el sonío? (*Por el foro llega* DON GASPAR, *un cincuentón de aspecto saludable y jovial, con tipo entre señoril y campesino. Se detiene en la puerta, contemplando con asombro a Eusebia y a Ecequiel, que siguen con las orejas pegadas a la caja.*)

D. Gaspa

D. GASPAR. (*Desde la puerta.*) ¿Pero qué estáis haciendo ahí?

EUSEBIA. (*Asustada, y apartándose rápidamente de Ecequiel.*) ¡Jésus!

ECEQUIEL. ¡Mi agüela! (*Azorado, tira la caja sobre la mesa.*)

D. GASPAR. (*A Ecequiel.*) ¡Bárbaro! (*Yendo a la mesa, y cogiendo la caja, para ver si se ha estropeado.*) ¡A ver si lo has hecho añicos!

ECEQUIEL. ¡Qué mala pata! (*Disculpándose.*) Estábamos aquí, que le ecía yo a esta (*Por Eusebia.*) que se oía no sé qué cosa...

D. GASPAR. ¿Cómo va a oírse, si no está montado el aparato? (*Ecequiel abre unos ojos como platos.*) ¡Arre, a la calle, zángano!

ECEQUIEL. (*Estupefacto.*) Güeno, güeno... (*Hablando consigo mismo.*) ¿Qué aparato será...? ¡Pos algo se oye! (*A don Gaspar.*) ¿No tié usté ná que mandarme?

D. GASPAR. Que te marches.

ECEQUIEL. Con Dios. (*Se vá por el foro.*)

D. GASPAR. (*A Eusebia, que permanece asustada y sin atreverse a hablar.*) Y tú, ¿cómo no cierras la casa? ¡Buen cuidado! ¿No está la señorita?

EUSEBIA. Salió ya hay un rato; pero va a golver en seguía.

D. GASPAR. ¿Y dejó ella abierto?

EUSEBIA. No, señor, don Gaspar... Que es que entró el Ecequiel de repente, y se emperró en pasar,y

yo en que no, y él que se me entra aquí, y yo que no, y, en la pelea, pos... ya ve usté...

D. GASPAR. ¡Los dos estáis buenos! Has de espabilarte, muchacha, que esto no es el pueblo. Y mucho ojo con Ecequiel... *(Después de una pausa.)* ¿Dices que tu ama no tardará?

EUSEBIA. No, señor, que sólo ha dío a unos recaos.

D. GASPAR. Entonces, la espero. *(Toma un periódico que habrá sobre el aparador, se sienta en un sillón y se pone a leer.)*

EUSEBIA. Tan y mientras, voy a poner la mesa. *(Coge con mucha precaución las dos cajas, y va a colocarlas sobre el diván que hay en el lateral derecha.)*

D. GASPAR. Con cuidado, muchacha, no hagas tú otro desavío...

EUSEBIA. *(Aparte, poniendo las cajas en el diván.)* (¡Lo que no se haiga roto ya...!) *(Va colocando sobre la mesa las servilletas, los vasos, los platos, y, en suma, el servicio para dos personas.)*

D. GASPAR. *(Interrumpiendo la lectura.)* ¿Y don Mariano?

EUSEBIA. Calculo yo que vendrá ya mesmo.

D. GASPAR. ¿Está bien de salud?

EUSEBIA. Tal que una encina, gracias a Dios.

D. GASPAR. ¿Y por aquí, hubo novedad en este tiempo?

EUSEBIA. Denguna, don Gaspar. Tó como siempre. Usté ya sabemos que ha dao la güelta al mundo...

D. GASPAR. Supongo que la señorita recibiría mis postales.

EUSEBIA. *(Asombrada.)* Sus..., ¿cómo ice usté?

D. GASPAR. Mis postales; unas tarjetas con estampas.

EUSEBIA. ¡Ah, sí! ¡Las traía el cartero! ¡Miá qué lástima, que toas venían estropeás con garrapatos de escritura!...

D. GASPAR. *(Volviendo a leer, y en voz baja.)* ¡Qué pedazo de bestia!

EUSEBIA. *(Que ha colocado sobre la mesa un pan, una bo-*

tella de vino y una jarra de agua, prestando atención a un ruido de dentro.) Ahí me paece que abre la señorita. *(A don Gaspar.)* ¿No le ecía yo a usté que no tardaba? *(Don Gaspar se levanta para salir al encuentro de* GUADALUPE, *que entra por el foro, y que trae en la mano dos o tres paquetes y un manojo de flores.)*

GUADALUPE. *(Al entrar, sorprendida por la presencia de don Gaspar.)* ¡Ay, don Gaspar! ¡Don Gasparón! ¡Por fin se ha acordado de volver! *(Entrega a Eusebia los paquetes y las flores y tiende ambas manos a don Gaspar, con mucha efusión.)* ¿Cómo le ha ido? ¿Se divirtió usted mucho?

D. GASPAR. *(Estrechando las manos a Guadalupe.)* ¡Psh...! Regular, Guadalupe. Uno ya es viejo, y estas correrías cansan un poquito.

GUADALUPE. *(Risueña.)* ¡Miren el viejo, y parece un muchacho! ¡Así que no vuelve usted saludable!

D. GASPAR. Eso prueba que he hecho buena vida.

GUADALUPE. ¡Huy, no me fío! ¿Qué no habrá usted dejado por esas tierras?...

D. GASPAR. ¿Dejarme? ¡Nada, criatura! ¡Ni el reúma! Él me sirvió de pretexto para el viaje... y conmigo ha vuelto. ¡Me ha tomado un cariño...!

GUADALUPE. ¿Entonces, las aguas?...

D. GASPAR. ¿Las de Francia? ¡Calle, mujer! ¡Si no las he tomado!

GUADALUPE. ¡Anda, morena! *(Volviéndose a Eusebia, que sigue inmóvil, oyendo la conversación.)* ¿Qué aguardas tú ahí?

EUSEBIA. A ver lo que hago con esto. *(Por los paquetes que le entregó Guadalupe.)*

GUADALUPE. ¡Trae, pasmarote! Deja aquí las flores... *(Las coge y las pone sobre el trinchero.)* Este paquete *(Por uno de los que tiene Eusebia)* es de café,

que tienes que molerlo. Dame esos otros... (*Le recoge los otros paquetes.*) ¿Has hecho todo lo que te mandé?

EUSEBIA. La mesa está ya lista.

GUADALUPE. (*Quitándose el velo, que da a Eusebia.*) ¿Y los «lithines»?

EUSEBIA. ¡Ay, eso no, que se me ha olvidao!

GUADALUPE. ¡Milagro! (*A don Gaspar.*) Usted perdone, don Gaspar; pero ya conoce a esta moza.

D. GASPAR. (*Que ha vuelto a sentarse a leer.*) Ande, y no se ocupe de mí.

GUADALUPE. (*A Eusebia, después de darle una botella de las de agua mineral, vacía, que coge del aparador.*) Toma; llena esta botella de agua fresca... (*Eusebia va a hacer mutis por la izquierda.*) ¡Ah, oye! Trae también las zapatillas...

EUSEBIA. Ahora mesmo. (*Se va por la izquierda.*)

GUADALUPE. (*A don Gaspar, mientras pone las flores sobre un cacharro, que coloca sobre la mesa.*) La chica ésta, Eusebia, anda siempre como atontada. No se le pueden encargar dos cosas seguidas... (*Por las flores.*) ¡Mire qué flores más majas me ha regalado el hortelano de la Rivera!

D. GASPAR. Sí son hermosas.

GUADALUPE. Aquella huerta es una bendición. (*Pausa.*) ¿Y cómo fué no tomar las aguas, don Gaspar? (*Mientras sigue el diálogo, Guadalupe deshace los paquetes que trajo. Uno de ellos es una caja de cartón conteniendo un frasco de medicina, que ella pone junto a uno de los platos de la mesa. En el otro envoltorio hay unos dulces, y Guadalupe va colocándolos en una salvilla.*)

D. GASPAR. Pues todavía no lo sé. Yo me fuí directamente al balneario francés dispuesto a darme los quince baños que me recetó el médico. Pero, hija,

llego allí, y resulta que aquello es un juergazo de día y de noche, y que nó hay más que baiIoteo, y «baccarat», y cupletistas de esas que enseñan hasta la partida de bautismo... ¡Lo de los baños calientes era una ridiculez!

GUADALUPE. *(Riendo.)* ¡Ay, qué gracia! ¿Puede ser eso?

D. GASPAR. Lo que usted oye. El primer día, al pedir yo ver al médico para que me fijase un plan, me miraron como a un bicho raro. Y luego, al decirle al «resiser», o como diablos le llamen..., vamos, al encargado del hotel, que yo tenía reúma y que iba allí a curarme, se echó a reír en mis narices y me contestó: «Musiú, nosotros somos ya al secreto.» ¡Total, que tuve que contentarme con unas friegas de alcohol alcanforado!

GUADALUPE. ¿Y qué hizo usted?

D. GASPAR. ¡Toma! Estarme allí seis días gozando como un turco, y enseñándole las seguidillas manchegas a una madama rubia. Y en cuanto me pasaron la primera cuenta y vi que aquello costaba un dineral, lié los bártulos y me marché... ¡nada menos que a Londres!

GUADALUPE. ¡Virgen! ¡Menudo salto! (EUSEBIA *sale por la izquierda, con la botella llena de agua y con unas babuchas de caballero en la mano.)*

EUSEBIA. *(A Guadalupe, dándole lo que trae.)* Aquí tié usté, señorita.

GUADALUPE. *(Cogiéndolo.)* Trae. *(Deja la botella sobre la mesa, arrima a ésta un sillón y pone al pie del sillón las zapatillas. Luego dice a Eusebia.)* Ya puedes irte a la cocina. Picas la ensalada y haces la sopa. De arroz, y espesita... El pan de don Mariano, ¿lo has preparado?

EUSEBIA. ¡Como no me dijo usté ná!...

GUADALUPE. ¡Vaya...! Anda, vete, que yo lo cortaré. (EUSEBIA *se va por la izquierda.)*

D. GASPAR *(A Guadalupe, por Eusebia.)* Poca ayuda tiene usted con esta chica.

GUADALUPE. Todas son iguales. Y Eusebia, por lo menos, es dócil. *(Continuando la interrumpida conversación.)* De manera que a Londres, ¿eh? *(Mientras hablan, Guadalupe saca de un cajón del aparador una caja de «lithines» y prepara una botella de agua. Después corta un trozo de pan y va separando cuidadosamente la miga, que pone en un plato, para dejar sólo la corteza, partida en tiras. Finalmente, dobla el periódico que estuvo leyendo don Gaspar, y lo coloca sobre uno de los platos. Todo ello lo hace con mucha disposición y desenvoltura.)*

D. GASPAR. ¡Tenía muchas ganas de conocer aquello!... ¡Qué población! Un poco triste... Además, acostumbrado uno a la pequeñez de esta ciudad nuestra, aquello se hace enorme. ¡Y los grandes apuros para entenderse con la gente! Menos mal que yo me compré un librito, y con él y con las señas que hacía al pedir cualquier cosa, me iba arreglando.

GUADALUPE. ¡Ya era fatiga!

D. GASPAR. En las tiendas, sobre todo. ¡No quiera usted saber lo que sudé para comprar las chucherías que les he mandado!

GUADALUPE. ¡Ay, es verdad! Aun no vi los regalos. ¿Para qué se molestó, don Gaspar?

D. GASPAR. Quite allá, mujer, que no vale la pena. *(Coge una de las cajas, la desempaqueta y saca de ella una sombrilla tan larga de palo como corta de tela.)* Esto es para usted, que bien sabe Dios que no caía en lo que traerle.

GUADALUPE. *(Abriendo la sombrilla.)* ¡Es preciosa! Muchísimas gracias, don Gaspar. ¡Y qué pequeñita...! Claro que será la moda; pero poco sol puede quitar esto...

D. GASPAR. Tenga en cuenta que es de Londres, y en Londres el sol es una cosa rara. Se le ve de año en año. ¡Y qué asco de sol...! Yo tuve la suerte de verle un día. Bueno; era una especie de queso de bola, que se le podía mirar sin guiñar los ojos. ¡Figúrese la falta que harán allí las sombrillas!

GUADALUPE. *(Riendo.)* ¡Siempre exagerará usted!

D. GASPAR. ¡Palabra que no! *(Mientras desenvuelve y abre la otra caja.)* Mejor es lo que traigo para Mariano. ¡Ya verá usted lo que nos divertimos! *(Saca de la caja un aparato de radiotelefonía.)* ¿Qué le parece?

GUADALUPE. *(Sorprendida.)* ¿Qué es eso, don Gaspar?

D. GASPAR. ¡Casi nada! ¡Telefonía sin hilos! Vendrá el electricista a enchufarla, que ya tengo yo apuntada la explicación, y esta misma noche oímos desde aquí el concierto que den en Madrid, y en París, y hasta en Nueva York.

GUADALUPE. *(Incrédula.)* ¡Ande, infundioso! ¿Cómo se va oír eso?

D. GASPAR. Verdaderamente, yo nunca oigo nada. Sólo un ruidillo, así, como cuando se estropea un gramófono... Pero en la tienda donde lo compré me dijeron, por señas, naturalmente, que era una maravilla. Y para acá lo traje.

GUADALUPE. ¡Qué don Gaspar éste!

D. GASPAR. Aunque sea discutiendo si se oye o no, mejor lo pasaremos que con el dominó o con la brisca. ¡Y habrá que ver las cosas que se le ocu-

rran a Mariano!... Supongo que hoy vendrá. *(Vuelve a colocar en la caja el aparato.)*

GUADALUPE. No tardará. De no venir, me hubiera avisado, y esta semana ni siquiera me escribió una carta.

D. GASPAR. ¿Cómo va la finca?

GUADALUPE. Ahora andan en la vendimia. Mariano me dijo el domingo pasado que iba a ser cosa grande.

D. GASPAR. Lo será, que es el hombre de la suerte.

GUADALUPE. ¡Ya se la merece!

D. GASPAR. ¡Canástoles, también me la merezco yo, y no la tengo! Él, en cambio... Enviuda y le queda un chico que es una alegría. Cuando el chico empieza a ser hombre y a ponerse tonto, la conoce a usted... Toda la semana en la finca, ganando dinero, y los domingos aquí, a descansar de la tarea, en este sosiego que vale un mundo...

GUADALUPE. *(Con cierto envanecimiento.)* Eso dice él; que aquí esta su verdadera casa. *(Suspirando.)* ¡Lástima que sólo la disfrute una vez por semana!

D. GASPAR. ¡Dichoso Mariano!

GUADALUPE. ¡Vaya, tampoco usted puede quejarse!

D. GASPAR. No me quejo... pero me aburro, Guadalupe. ¡Me aburro como no tiene usted idea!

GUADALUPE. ¡Pues cómprese una finca, que tiene con qué hacerlo, don Gaspar!

D. GASPAR. Eso, no. Yo no pierdo mi tertulia del café, ni la del Casino, ni la de la botica de Contreras. Aparte los negocios... ¡No sabe usted cómo me los he encontrado después del viaje! Antes de almorzar he de ir a una conferencia con Medina, que no sé qué enredo me han hecho allí los de la Harinera... ¡Para que se vaya uno al campo!...

GUADALUPE. No, si ya sé que a usted no le gusta. Muchas veces me ha dicho Mariano que se alegra de que usted prefiera la ciudad, porque así, aunque él esté en la finca, si pasa algo aquí...

D. GASPAR. ¡Toma, y encantado! Ya lo sabe él. ¡Como que es el único quehacer que no me trae disgustos! *(Se oye el timbre dentro.)*

GUADALUPE. *(Alzando la voz.)* ¡Eusebia! ¡Eusebia! ¡Sal a abrir!

D. GASPAR. Es él, ¿verdad? (EUSEBIA *sale por la izquierda y se va por el foro.)*

GUADALUPE. No, no. El no llama así...

D. GASPAR. ¿Quién será entonces?

GUADALUPE. Ahora lo veremos. *(Por el foro, con* EUSEBIA, *llega* PABLO. *Es un mozo de buena presencia, varonil, aunque algo tosco. Viste traje oscuro, no negro. Se detiene, con timidez no exenta de gravedad, en la puerta, y allí permanece inmóvil un momento. Al verle, Guadalupe y don Gaspar se levantan rápidamente, sin ocultar su asombro. Guadalupe va hacia Pablo, llena de inquietud; pero se detiene, temerosa y sin saber qué hacer. Por fin, exclama:)* ¡Pablo!

PABLO. *(Desde la puerta.)* Buenos días.

D. GASPAR. *(Yendo hacia Pablo.)* ¡Muchacho! ¿Tú aquí? ¿Qué es lo que ocurre?

PABLO. *(Reconociendo a don Gaspar, y abrazándole, lleno de aflicción, aunque sin exagerar la voz ni los ademanes.)* ¡Ay, don Gaspar...! ¡Don Gaspar...!

D. GASPAR. *(Trémulo y desconcertado.)* ¡Pablo!... ¡Hijo!... ¿Qué es eso...?

GUADALUPE. *(Con mucha angustia, y acudiendo resueltamente a Pablo.)* ¡Hable, hable! ¿Qué pasa...? ¿Y... y su padre? *(Pablo, abrazado a Don Gaspar, guarda silencio. Eusebia contempla la escena con asombro.*

Guadalupe, adivinando la desgracia, grita:) Pero... ¡diga, por Dios! ¿Por qué se calla?

D. GASPAR. *(A Guadalupe.)* ¡Calma! *(A Pablo, animándole.)* ¡Vamos...! Cuéntanos. ¿Qué ha sido? ¿Por qué lloras...?

PABLO. *(Casi al oído de don Gaspar, y esquivando la mirada de Guadalupe.)* Solo, solo, don Gaspar... ¡Solo en el mundo, porque ya no le tengo a él!...

GUADALUPE. ¡Virgen Santísima! *(Cae abrumada sobre una silla. y permanece allí, quieta, encogida, mirando sin ver, el rostro entre las manos y los labios temblorosos.)* ¡Virgen de la Pasión! *(Eusebia aterrada, se lleva las manos a la cabeza.)*

D. GASPAR. *(Espantado.)* ¿Qué dices, Pablo? ¿Tu padre...? *(A un gesto de Pablo, y casi sin atreverse a hablar.)* ¿Muerto...? ¡Qué horror!...

GUADALUPE. *(A media voz, y transida de pena.)* ¡Muerto!... ¡Muerto!... ¡Jesús mío!... *(Irguiéndose, en un arrebato.)* Pero... ¿cómo? ¿Por qué...? ¡Si no es posible...!

PABLO. *Apartándose un poco de Don Gaspar, y dirigiéndose a Guadalupe.)* Dispénseme usté si vine así... Tenía esta obligación... *(A Don Gaspar.)* ¡De haber sabío que estaba usté de vuelta!...

D. GASPAR. Vine anoche. ¿Cómo no avisásteis? ¿Qué pasó?

GUADALUPE. *(A Pablo, llorando.)* Explíquese... Cuente...

PABLO. ¿Quién iba a esperarlo? Lleno de vida, con aquel arranque y aquel genio... Salió el miér coles, a la que amanecía. ¡Cómo siempre! Entró en mí cuarto... «Adiós, hijo; voy a que no se me duerman los vendimiadores y a tirar unos cuantos cartuchos». *(A Don Gaspar.)* Ya sabía usté su pasión: la caza.

GUADALUPE. *(Anhelante.)* ¿Y qué?

PABLO. Lo trajeron a las dos horas... *(Con honda aflicción.)* ¡Si yo tampoco pueo creerlo...! No sé... me explicaron que se había caído, que se le disparó la escopeta... Yo sólo vi a mi padre en la agonia, con el vientre partío de un balazo...

GUADALUPE. *(Cayendo de nuevo en la silla, sin fuerzas ya.)* ¡Cristo bendito!... ¡Mariano!... ¡Mi Mariano!... *(Rompe a llorar sin gritos, pero con una angustia desgarradora que la hace temblar, abrazada al respaldo de la silla.)*

D. GASPAR. ¡Qué enormidad!

EUSEBIA. *(Consolando a Guadalupe.)* ¡Amcs, señorita, por Dios...!

PABLO. *(A Don Gaspar.)* No debí venir... ¡Ya me esperaba yo esto! *(Señalando a Guadalupe.)* Sólo que él me lo había mandao. Fué su último encargo.

D. GASPAR. Hiciste bien, entonces. *(Acercándose a Guadalupe, le dice, con mucha emoción y ternura.)* ¡Animo, Guadalupe! ¿Qué remedio hay ya?

GUADALUPE. *(Amparándose en Don Gaspar, como en un refugio.)* ¡Sola yo también, Don Gaspar...! ¡Sola yo también...! Lo único que tenía!...

D. GASPAR. ¡Vaya, no hable usted así! Pues... ¿y nosotros? Dios le manda esta pena, pobrecita... Nos la manda a todos los que le queriamos, y nos deja aquí para llorarle. *(Alentando a Guadalupe.)* ¡Ea, llore, llore; pero sin desesperarse, sin desconfiar de estos amigos!...

GUADALUPE. *(Como en un desvarío.)* Mi Mariano... Mi protector, mi consejero, mi sombra buena... *(Sigue llorando, sin atender a los consuelos de Eusebia.)*

PABLO. *(A Don Gaspar, por Guadalupe.)* Llévela de aquí...

D. GASPAR. *(A Pablo.)* ¿Aguardas tú?

PABLO. ¿Qué hacer...?

D. GASPAR. *(Volviendo junto a Guadalupe.)* Cálmese, Guadalupe... Ande, venga... *(Queriendo llevársela* a serenarse, a sentirse fuerte...

EUSEBIA. Sí, señorita, venga usté...

GUADALUPE. *(Dejándose llevar por Don Gaspar y por Eusebia, que la conducen hacia la izquierda.)* Si no puede ser... Si él ha de venir... ¡Si sabe que le espero!

D. GASPAR. No se atormente, criatura. Domine esos nervios... Estoy aquí yo... Y está Pablo... *(Volviéndose a Pablo, y haciéndole señas de que espere.)* Pablo, que es como si él viniera. (DON GASPAR Y EUSEBIA *se llevan a* GUADALUPE *por la izquierda. Pablo permanece inmóvil, dejando vagar la mirada por la estancia, en un rápido examen. Luego, ya más sereno, se acerca a la mesa, lee el título del periódico que hay sobre ella y se fija, con mucha emoción, en todos los detalles: la caja de la medicina, la botella de agua lithinada, la corteza del pan partida en tiras, las zapatillas al pie del sillón... Pablo se va sintiendo dominado por aquella serena sensación de hogar apacible.* EUSEBIA *vuelve a salir por la izquierda, y va rápidamente al aparador, en el que busca un frasco de agua de azahar.)*

PABLO. *(A Eusebia.)* ¿Se calma?

EUSEBIA. Así, regular... ¡Calcule usté, con este golpe! *(Ha cogido la botella, echa agua en un vaso, en el que vierte unas gotas de azahar, y agita el líquido con una cucharilla.)*

PABLO. ¿Le quería mucho?

EUSEBIA. ¡Jésus, que pregunta!... ¡Si don Mariano lo era tó en esta casa! ¡A saber qué será de nosotras...!

PABLO. ¿De usté también?

EUSEBIA. Es un decir; que una le toma ley a los amos...

Voy a que beba esto... *(Se va por la izquierda, llevándose el vaso de agua.)*

PABLO. *(Otra vez solo en escena.)* ¿Qué va a ser de ella...? ¡Verdaderamente! *(Acercándose a ver los retratos que adornan las paredes.)* Mi padre... ¡Qué propio está!... Aquí, en grupo con ella... *(Sorprendido.)* ¡Y un retrato mío! ¿Cómo se le ocurrió traerlo...? *(Por la izquierda sale* DON GASPAR.*)*

D. GASPAR. *(A Pablo, al salir.)* Ya está con más sosiego... Vengo a que me cuentes, muchacho... Hazte cargo de mi impaciencia, que ni sé cómo pude disimularla delante de esa pobre mujer... Dímelo todo, Pablo. ¡Bien sabes lo que yo quería a tu padre!

PABLO. Lo sé, don Gaspar. Creí que aun estaba usté fuera, y por eso me vine aquí derecho. Muy duro se me hacía, que ya me figuraba lo que iba a pasar...

D. GASPAR. ¿No conocías a Guadalupe?

PABLO. No; no, señor.

D. GASPAR. ¿Pero sabías que tu padre...?

PABLO. Algo tenía yo oído, aunque él no me habló nunca. Los mozos de la finca, que vienen a la ciudá a divertirse, me contaban historias... Y luego, la Damiana, ¡ya la conoce usté!, siempre con que aquí había una pájara que traía a mi padre fuera e tino... Yo no me preocupaba...

D. GASPAR. Entonces, ¿él no te dijo...?

PABLO. Hasta el miércoles en la noche, que ya notó que se moría. ¡Hubiese usté visto la escena!

D. GASPAR. Me la imagino, Pablo. ¡Pobre Mariano!

PABLO. Con un calenturón que era tó él un ascua, ya casi sin poder hablar, entoavía pudo explicarme lo que fué para él esta mujer... «¡No la

desampares, hijo!...» Y me apretujaba las manos, que hasta quería besármelas, como si yo tuviá algo que perdonarle. «¡Es muy buena! Yo la salvé de la miseria y de la perdición...»

D. GASPAR. Verdad que sí. Y verdad también que ella lo mereció.

PABLO. Me explicó que no dejaba testamento, y que yo era el amo de tó lo suyo; pero que tenía de ayudar a la Guadalupe. «Que ha sío como mi mujer, Pablito. Que ca semana iba junto a ella y encontraba allí la alegría de mi vejez...»

D. GASPAR. Y no te engañó. Mariano tenía aquí su verdadero hogar, con el cariño de esa criatura, que era como su esclava. No se casaron por ti, por no llevar a vuestra casa, a la casa donde murió tu madre, una mujer a la que tú podías tomar odio.

PABLO. *(Afligido.)* ¡El pobre...! Tuve que prometerle venir a hablar con Guadalupe, pa ofrecerla lo que necesitase. Cuando se lo dije, se queó tranquilo y hasta me pareció que ya no le temía a morirse. Y venga hablarme de ella, y pensar en ella, que cuando le besé por última vez, ya cegaos sus ojos, nombraba a la Guadalupe con aquel vagío de la muerte. ¿Cómo no iba a cumplir su encargo?...

D. GASPAR. ¿Sientes haberlo hecho?

PABLO. No. Y cuidao que, ¿pa qué voy a engañarle?, traía miedo a verme con esta mujer, con esta «pájara», que dice la Damiana. Hasta me figuraba que mi padre, con el extravío del cariño, la pintaba a su modo... Pues, ¡la verdá!, entro aquí, y veo esta sencillez; y la mesa esperándole a él; y el pan como él lo pedia en la finca, donde nadie sabía prepararlo; y el agua, que

allí había de ser él quien la arreglara; y la medicina, que allí faltaba la mitá de los días; y el periódico, que allí nunca llegaba a tiempo... Lo veo tó, don Gaspar, y yo, que en mi casa no le echo a él de menos, y eso es lo triste, miro aquí alreor, y me parece que tó está bajo su sombra, y que si él volviese al mundo tan siquiá un minuto, sería aquí, que no allí, donde yo le encontrara... *(Las últimas frases las dice Pablo conteniendo las lágrimas y con voz temblorosa.)*

D. GASPAR. *(Abrazándole, muy conmovido.)* No pienses más en ello, muchacho. Hay que tener valor. Y óyeme una cosa. Tu padre fué aquí feliz, y esta felicidad era la que él os llevaba a vosotros, con su buen humor y su temple recio de hombre. No lo olvides cuando hables con Guadalupe. Te lo digo yo, que miraba por ella en ausencia de Mariano y sé que es buena y honrada a carta cabal. Merece tu amparo.

PABLO. A dárselo vengo; que ella diga lo que necesita, que no seré yo, sino él, quien se lo entregue tó.

D. GASPAR. Así esperaba oírte, Pablo. ¡No en balde eres su hijo! *(Por la izquierda llega* GUADALUPE, *aun bajo la impresión del golpe recibido, pero buscando en su propio dolor la serenidad que necesita. Don Gaspar acude a ella, solícito.)* ¿Qué, Guadalupe? ¿Está ya más serena? Hay que tener calma. Usted la tendrá, porque usted es una mujer valiente, ¿verdad?

GUADALUPE. *(Casi desfallecida.)* Sí, sí, don Gaspar; ¿qué remedio? *(A Pablo, que, en pie ante ella, la contempla silencioso.)* Siéntese, Pablo, siéntese... Da fatiga verlo de pie... Hágase cuenta de que está en su casa.

PABLO. No se ocupe...

D. GASPAR. *(A Guadalupe.)* Pablo quiere hablar con usted... El comprende las cosas... El pobre Mariano quiso que todo se arreglara, y que usted estuviese tranquila.

GUADALUPE. *(Comprendiendo, acongojada.)* ¿Qué más da?

D. GASPAR. Ya lo sé, mujer; pero hay que seguir viviendo, y lo mejor es que se pongan ustedes de acuerdo. ¿No es así, Pablo?

PABLO. A eso he venío, don Gaspar.

GUADALUPE. Pero... ¿ahora?

D. GASPAR. Ahora, o cuando sea. Ustedes hablen, y resuelvan lo que les parezca mejor. Yo vendré en seguida.

GUADALUPE. *(Angustiada.)* ¡No, no se vaya...!

PABLO. *(A don Gaspar.)* Quédese. ¡Si pa usté no hay secretos...!

D. GASPAR. No es eso... *(A Guadalupe.)* Es que tengo que ir adonde los Teléfonos, como ya le dije... Pero no se apure, que volveré a hacerle compañía.

GUADALUPE. Sí, por Dios; ¡vuelva usted, don Gaspar!

D. GASPAR. *(Estrechando las manos a Guadalupe.)* ¡Pues claro, boba!... Ea, a sosegar los nervios... y piense que aun le quedan unos amigos. De corazón, ¿eh? ¡De sobra me conoce! Hasta la tarde... *(A Pablo, en el abrázo de la despedida.)* Y a tí, ¿qué voy a decirte, Pablo? Soy ya un viejo, y no sé en qué pueda ayudarte; pero, en lo que sea, me mandas, que si has perdido a tu padre, hazte cuenta de que aquí queda otro.

PABLO. Gracias. Luego iré a verle... Tendrá usté que ayudarme en esos jaleos de la herencia, que tó hay que arreglarlo aquí, y... ¿quién deja ahora aquella finca?

D. GASPAR. Ya lo comprendo, Haré lo que necesites. Vete

por casa... *(Casi al oído de Pablo.)* Ten piedad de esta pobre mujer. *(Por Guadalupe.)* Y, sobre todo, piensa en tu padre, Pablo... (DON GASPAR *se va por el foro. Hay un silencio embarazoso. Pablo, siempre tímido y vacilante, mira a Guadalupe, que se ha dejado caer sobre una silla. Por fin, ella habla y dice, indicando a Pablo un asiento.)*

GUADALUPE. Siéntese, haga el favor... Parece que está deseando irse... ¡Siéntese!

PABLO. *(Sentándose.)* Como usté quiera...

GUADALUPE. ¡Y es natural...! Para usted tiene que ser violento... Por eso quería que, si hay algo que hablar entre usted y yo, lo hablásemos más adelante. Me figuro lo que va a decirme, y créame que a mí no me urge. *(Como avergonzada de sí misma.)* Yo no quiero que usted piense ahora más que en su pena; porque esta pena mía, con ser tan grande, es..., ¡qué sé yo!..., la de una extraña, la de una intrusa...

PABLO. No. Yo sé lo que usté ha sío pa mi padre. El me mandó que viniese a verla; pero, sin esa orden, también hubiese venío yo.

GUADALUPE. ¿Y qué fuí yo para su padre?... Diga usted lo que fué él para mí; que usted no sabe, Pablo, usted no sabe...

PABLO. Ná más sé que él murió pensando en esta casa, y con el ahogo de no cumplir con usté como era su idea. Vivió pocas horas, y allí, en mitá del campo... Cuando el médico dijo que no había salvación, casi era ya de noche. Se pensó que un criao viniese a recogerla a usté, y fuimos por el automóvil de un amigo que tié allí unas tierras. No lo encontramos... Luego, ya no hubo tiempo...

GUADALUPE. *(Muy afligida.)* ¡Calle, calle!

PABLO. Eso era lo primero que tenía que decirle; que no suponga usté que la olvidó mi padre, ni que yo no puse los medios pa llevarle al pobre aquel consuelo que me pedía.. Ahora, vamos a ver lo que se hace.

GUADALUPE. Muchas gracias, Pablo. Usted no tiene que hacer nada. ¡Ya es bastante que venga a verme cuando debía mirarme con rabia, porque yo, en la apariencia, no soy más que una desgraciada que echó por mal camino!

PABLO. ¡No hable usté así, Guadalupe!

GUADALUPE. Es que sé la fama que me dan por ahí. Dicen que yo descarrié a un hombre de bien... ¡Y no saben que esta fué una obra de caridad del que se nos ha muerto! Que era yo la descarriada, y fué él quien me alargó la mano para sacarme de la miseria y de la vergüenza de vivir tal que las bestias. ¡Qué no tendré yo que agradecerle a su padre, Pablo...! No era sólo para mí, créame usted, eso que los demás se figuraban; era mi amigo, mi amparo, mi guía, ¡el cielo y la tierra juntos, que se me han hundido de golpe!

PABLO. Dios ha querío que se nos hundiesen... No es usté sola quien tié de llorar.

GUADALUPE. Pero usted lo hace a la luz del día que ya es un consuelo, y yo tengo que andar como avergonzada de estas lágrimas. ¡Mire usted si hay diferencia...! Compréndalo, Pablo.

PABLO. Yo no quiero comprender más que una cosa: que mi padre encontró aquí el acobijo que le ilusionaba... Si usté le dió alegría en su vejez, eso tengo yo que agradecerle.

GUADALUPE. ¿Agradecerme a mí?... ¿Usted?...

PABLO. Yo, sí; porque esto que miro es de verdá la casa de mi padre, más suya que aquella otra perdía en el campo y goberná por manos extrañas. ¡Es grande esto, Señor! ¡Es grande que tó me hable aquí de él, y me lo recuerde a él, y justifique lo único que yo podía echarle en cara: que huyese de mi vera pa venirse a este refugio!

GUADALUPE. *(Llorosa.)* ¡Ya nunca más se refugiará aquí, Pablo! ¡Ya me quedé sin amparo!

PABLO. A eso vengo yo, que él no quiso abandonarla. ¿Qué necesita usté?

GUADALUPE. *(Rápidamente.)* ¡Nada! ¡Me ha entendido usted mal!

PABLO. Pero eso no pué ser... ¡Ná! ¡Se dice muy pronto! ¿Y cómo va usté a vivir, criatura?

GUADALUPE. ¿Qué me importa?

PABLO. Me importa a mí, que tengo concencia. ¿Voy a dejar así a una mujer a la que ha querío mi padre? ¡Usté no me conoce!

GUADALUPE. ¡Que no le conozco, y es usted su hijo!... Seis años viéndonos él y yo, y siempre enterándome de las cosas del chaval. Y un día: «Que el chaval está muy malo con las fiebres, Guadalupe.» Y allá los dos a rezarle a la Virgen, para que el chaval se nos pusiera bueno. Y otro: «Que el chaval se me ha encalabrinado con una mala moza.» Y venga estudiar cómo le apartaríamos del cortejo. Y hoy: «Que mira que el muchacho se enredó a golpes con un granuja que habló mal de mí.» Y una, tan orgullosa de que el muchacho defendiese su casta. Y sin pasar una semana que no anduviésemos a vueltas con una gracia o con una hombrada del chaval... ¿Va usted a decirme

que no le conozco, y de que le vi entrar supe quién era usted, y me empezó a ahogar la congoja?... ¡Que muchas veces tenía yo pensado que, para que usted y yo hablásemos, había de pasarnos a los dos lo peor del mundo!

PABLO. *(Sonriendo melancólicamente.)* Pues aquí está el chaval, que quié cumplir como es debío. Tres días con el ansia de venir, y siempre, a última hora, me atarazaba el aquel de traer la mala noticia. Hasta que ya me dije: «¿No era los domingos cuando el padre iba allí? Pues el domingo tié de saberlo, que no estará bien que espere en balde y con la agonía de no verle llegar.»

GUADALUPE. Gracias otra vez, Pablo.

PABLO. Sola dejé la finca, y acá me vine en el primer tren. ¡Como él hacía! Salvo que si él subía esas escaleras como el que va a una fiesta, yo las he subío temblando, como el que va al garrote. Pero me urgía despachar este asunto. Con que dígame lo que ha de hacerse, y no tenga miedo, que yo estoy en darle tó lo que haga falta.

GUADALUPE. ¡Quite usted, que es horrible tratar así, como un negocio, esta pena tan grande! Vergüenza da que él pueda vernos desde arriba discutir estas cosas...

PABLO. Si él fué quien lo mandó, ¿iba a no obedecerle?

GUADALUPE. Pues... ahora, no. Ahora, a acordarme de lo que he perdido, no de lo que puedo ir ganando. Otro día, de que esto pase y yo me sosiegue, si es que hay sosiego para mí...

PABLO. *(Levantándose.)* ¿Cuándo?

GUADALUPE. ¿Y qué sé yo, ni qué prisa corre? Lo primero es ver cuál será mi vida, y qué camino voy a

tomar. Arregle usted sus otros asuntos, y después...

PABLO. Este es el primero. No dormiré tranquilo mientras no lo concluya.

GUADALUPE. Vuelva aquí cuando quiera. Dentro de unos días, que yo esté más serena.

PABLO. El caso es no faltar de la finca, que ya se hará usté cargo de cómo anda aquello.

GUADALUPE. ¿Y los domingos? Es día de descanso, y estará usté más libre.

PABLO. *(Indeciso.)* Sí, claro... Los domingos no hay ná que hacer. En eso, como en tó, respetaré lo que mi padre dejó encarrilao.

GUADALUPE. Entonces, ¿vendrá?

PABLO. ¿Qué domingo le es cómodo?

GUADALUPE. ¡Dios mío! Cualquiera...

PABLO. ¿El que viene?... ¿Tendrá usté ya pensao...?

GUADALUPE. Sí; y, aunque así no fuera... Hablaríamos de él, le recordaríamos... Que parece que se siente consuelo.

PABLO. Sí que es verdá. Más me sirvió este rato de charla que tós los consejos y las reflexiones de la gente de allá abajo. *(Tendiendo la mano a Guadalupe.)* ¿Necesita ahora algo, Guadalupe? Con franqueza... ¡Como a un hermano!

GUADALUPE. *(En la despedida, ahogando los sollozos.)* Nada, Pablo... Gracias, muchísimas gracias por todo... *(Con timidez.)* Hasta el domingo, ¿verdad?

PABLO. *(Luego de mirar en torno suyo, recreándose en la contemplación de la estancia, tan acogedora y familiar, y con voz emocionada, aunque resuelta:)* Sí: hasta el domingo. *(Y cuando inicia el mutis hacia el foro cae el telón.)*

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

Amplia cocina en una casa de labor, en Castilla. Portón de dos hojas al foro, con un montante enrejado. A ambos lados de la puerta, ventanas con rejas. Forillo de patio, con portalada que da al campo. En el lateral derecha, el hogar, a ras del suelo, con ancha campana; vasar en el que hay cacharros de barro y loza, y espetera de la que cuelga la reluciente batería de cobre. En la lumbre, sobre trébedes, algunos pucheros y cazuelas. En el segundo término de este lateral, puertecita que conduce a la leñera. Dos puertas en el lateral izquierda, y entre ellas, colgada en la pared, una alacena de madera. Al pie de esta, un arcón o escaño de madera oscura, tallada. Junto a una de las ventanas del foro, una cantarera con cántaros de barro. Una mesa de madera tosca junto al escaño de la izquierda, y otra de igual clase, pero más reducida, ante el fogón. Sillones de pino y aneas y sillas bajas de lo mismo. Techo de vigas oscuras. Paredes enjalbegadas, con zócalo de baldosín. Puertas de cuarterones. Una potente bombilla eléctrica pendiente del techo. Comienza el acto en el mes de julio, y se hará de noche cuando se indique.

(Al levantarse el telón está en escena DAMIANA, *vieja de pelo blanco y limpia como el oro, ama de llaves en la casa de Pablo. Está sentada en un sillón, ante una de las ventanas del foro, y cose algunas prendas de las que hay en un cesto que tiene a sus pies. Viste de negro. Dentro se oye la voz de un mozo que canta, a lo lejos.)*

MOZO. *(Cantando dentro.)*

Campanillas de plata,
bueyes rumbones.

¡Estas sí que son prendas
de labradores!

DAMIANA. (*Refunfuñando.*) ¡Güelta con las coplas! Y mientras, el trabajo parao y tó manga por hombro... (*Ahora se oye, más cercana, la voz de Ignacia, que canta también.*)

IGNACIA. (*Cantando dentro.*)

¿Por dónde vas a misa,
que no te veo?
¡Por el empedraíto
que han hecho nuevo!

DAMIANA. ¡Otra que tal! ¡No podía faltar en la función esa tarasca!...

IGNACIA. (*Cantando dentro.*)

Lo que me has hecho sufrir,
lo que me has hecho llorar,
a mi pobre corazón
se lo puedes preguntar.

DAMIANA. (*Asomándose a la reja, y gritando.*) ¡Inacia! ¡Creatura! ¡Éjate e cantos y hala a tu faena! (*Sentándose de nuevo, y volviendo a la costura.*) El mocerío siempre es lo mesmo. Se oye una copla y se sueltan las lenguas. ¡No hay más que gurriones! (*Tarareando, sin darse cuenta.*)

Una moza, fregando,
dijo a un puchero:
«¡Ojalá Dios te güelvas
mozo soltero!»
¡Ay, ay, ay...!

(*Interrumpiéndose escandalizada.*) ¡Jesús! ¿Pos no canto yo también? ¡Amos, que es humor! (*Rebuscando en la prenda que cose.*) ¿Ande he pues-

to la aúja? Boba e las once, ¿la habré perdío? ¡Claro, se le va a una el santo al cielo...! *(Palpándose las ropas, y recitando, como si rezara.)* «Santa Rita, Santa Rita, que paezca mi aujita...» ¡Y acabá e enhebrarla! ¡Miá que es ocurrencia! *(Cuando Damiana, puesta en pie, revuelve las ropas del canasto, por la izquierda, primer término, sale* ECEQUIEL. *Viene en mangas de camisa, comiéndose un chorizo y un trozo de pan.)*

ECEQUIEL. *(Asombrado.)* ¿Qué busca usté tan afaná, señá Damiana?

DAMIANA. *(De mal humor.)* Busco lo que quiero, zampatortas. Comiendo ya, ¿verdá? ¡Anda, que pa ti es el mundo! *(Satisfecha, porque al fin halló lo que buscaba.)* ¡Ay, aquí está! ¡Gracias, Santa Rita!

ECEQUIEL. Pero... ¿qué era? ¿La aúja? ¡Amos! ¿Y por una aúja ha molestao usté a Santa Rita?

DAMIANA, *(Poniéndose a coser.)* ¡Calla, herejote! ¿Y tu amo?

ECEQUIEL. A la trilla se fué, con Pablo y la señorita Guadalupe.

DAMIANA. Podías haber tú dío tamién.

ECEQUIEL. Es que na más de ver la parva me entra un aquél dequearme arregostao en ella tripa arriba, que... ¡güeno!, mejor es quearse aquí que no dir a la era. ¡Que aluego le llaman a uno vago!

DAMIANA. Y que en la era no hay dispensa, ni canteros de pan, ni pitarros de chorizo. A holgar y a engullir lo que se tercie no te ganará naide, no...

ECEQUIEL. *(Riendo.)* ¡Miusté qué copla me han enseñao!

Va diciendo mi padre
que no le ayudo.
De dos panes que gana
me como uno.

(Por el foro llega, a tiempo de oir la copla, IGNACIA, *garbosa sirviente de la finca. Trae un capacho repleto de hortalizas, que deja cerca del fogón.)*

IGNACIA. *(A Ecequiel, extasiada.)* ¡Ay, qué bonita! La tiés de repetir, Ecequiel, a ver si yo la aprendo.

DAMIANA. *(Interrumpiendo su labor.)* ¡Como que no tiés otra obligación ¡Anda a lo tuyo y basta de coplas, holgazana!

IGNACIA. De lo mío vengo, güena mujer. He estao en la güerta cogiendo estas lechugas y estos tomates...

DAMIANA. ¿Y quién te mandó dir allí, amos a ver?

ECEQUIEL. *(Por Damiana.)* ¡Na, que paece el aguacil del Juzgao!

IGNACIA. Me mandó la señorita forastera.

DAMIANA. ¡Acabáramos! Si lo ha mandao ella, ¿a qué estás tú más que a obedecerla? Dí que sí, Inacia, dí que haces bien, que la señorita es la que tié de mangonear aquí.

IGNACIA. Que la ha tomao usté con ella.

ECEQUIEL. Y con tó el mundo; que se cree la dueña e tó, en vez de Pablo, que fué quien nos trujo.

DAMIANA. *(Suspirando.)* ¡Ay, si el que se fué levantara la cabeza..! *(Ecequiel rie socarronamente.)* ¿Qué tiés de reirte ahí, calabacín? ¿Sabré yo lo que me digo?

ECEQUIEL. Y yo de lo que me río, señá Damiana.

DAMIANA. ¡Vé de ahí, maldito e tó Dios! ¡Que tó se hace aquí contra ley y sentío! ¡Que aquí no hay orden, ni güen arreglo, ni bodega cerrá, ni ristra e chorizos segura. ¡Qué yo no sé si esto es la rigolución, o el año el cólera!

ECEQUIEL. Más bien el «coléra«, que usté es una «pidemia».

IGNACIA. *(Riendo.)* ¡Ay, qué güeno ha estao ese arranque!

DAMIANA. (*Gritando.*) ¿Encima vais a reirsus de una?

ECEQUIEL. (*Atragantándose al oír el grito, y sacándose de la garganta la cuerda del chorizo, que se había tragado.*) ¡Atiza!

DAMIANA. (*A Ignacia.*) Tú, sabandija, ya estás yendo al quehacer, que tan y mientras andas de jota con los mozos por el corral, las tenajas están vacías y los cántaros muertos e risa. (*A Ecequíel.*) ¡Y tú, hale a tomar el aire!

IGNACIA. (*Cógiendo un cántaro de la cantarera, y refunfuñando.*) ¡No se la cuece a usté el pan si no larga un gruñío!

ECEQUIEL. ¿Tanto cuesta poner güena cara, señá Damiana?

DAMIANA. (*Sulfurándose.*) ¡Largo, lenguaraces, desalmaos! ¡Miá si no me valiera...! (*Cuando Ignacia y Ecequiel se van a marchar, huyendo de la rocíada, llega por el foro* PABLO. *Viste de negro, al modo de los labradores ricos de Castilla. Se detiene en la puerta a presenciar la polémica, y luego avanza, preguntando:*)

PABLO. ¿Qué rebullicio traéis? ¿Qué demonios ocurre?

IGNACIA. (*Iniciando el mutis, con el cántaro a la cintura.*) ¡Esta mujer que está endemoniá, señor amo! Que diga usté que una es prudente y se calla... (*Se va por el foro con mucho aire.*)

DAMIANA. (*Queriendo seguir a Ignacia.*) ¿Endemoniá yo, lagartona, ventanera, gorgojo mal criao...?

PABLO. (*Conteniendo a Damiana*). Aguante usté, que no hay que ponerse así. (*A Ecequiel.*) Tú, no te rías...

ECEQUIEL. ¡Si es que la señá Damiana tié unas cosas...! ¡Miá que llamar gorgojo a la Inacia, con lo llenita que está...!

PABLO. (*Riendo a su vez.*) No la enzarces, y vete. ¡Y a no dar disgustos a la Damiana!

ECEQUIEL. ¡Madre mía! ¡Que nazga ella otra vez, pa no tomárselos! *(A Damiana.)* ¡Amos, agüela, no se enfade usté!

DAMIANA. *(Dándole un manotón.)* ¡Arre allá, buche!

ECEQUIEL. *(Escapándose de un salto, y ya desde el foro.)* ¡Ay, qué falta le hace a usté un novio, pa ver si cambia el genio! *(Se va* ECEQUIEL *por el foro, y Pablo se echa a reir.)*

DAMIANA. ¡Ríete tú, pa que la goce ese gandul!

PALLO. ¡Si usté tié la culpa, Damiana! Talmente paece que le estorba a usté tó el mundo...

DAMIANA. ¡Masiao sabía que no ibas a darme la razón, que tú no eres el mesmo de endenantes! ¡Que ya veo que la que estorba aqui soy yo!

PABLO. *(Sentándose en un sillón, y liando parsimoniosamente un cigarro.)* ¡Bien va! ¡Ya tenemos la monserga de siempre!

DAMIANA. ¿Y qué hacer? ¿Te paece bonito que ande la finca como anda? ¿Se pué meter acá lo que has metío?

PABLO. *(Pacientemente.)* Pero, ¿a quién metí yo, ni qué pasa en la finca que no haiga pasao cientos de veces?

DAMIANA. No digas, Pablo, que tu padre, con ser tu padre, no trujo nunca lo que tú. No se hable del Don Gaspar, que ande haiga jolgorio allá va él con su pandero; ni del barrabás de su criao, que es la langosta que ha caío en la dispensa... ¿Y la otra?

PABLO. ¡Ya! ¡La Guadalupe!

DAMIANA. ¿A qué la trujiste, condenao chaval? ¿No comprendes que pa cualsiquier sitio que mires trompiezas con sagrao? ¿Pa la casa? Sagrá la casa, que entoavía paece andar por ella la santa e tu madre. ¿Pa la moza?... ¡Sagrá la moza, que,

manque fuea por un bebedizo, tu padre la tuvo ley, y no pués olvidarlo!

PABLO. *(Molesto por la conversación.)* ¡Qué ideas se le meten a usté...! ¿Qué es lo que yo olvido?

DAMIANA. ¿A qué la tiés acá, a mesa y manteles, lo que no hizo el que está en la gloria?

PABLO. Por mi culpa fué: que, si no, la hubiese traío, y no de pasá, sino pa siempre.

DAMIANA, ¡Teníamos de haberlo visto!

PABLO. ¡Qué sabe usté! La ilusión de mi padre era que la Guadalupe viese estas tierras, y se murió sin que se le lograse...

DAMIANA. Pos ve ahí. Si era su ilusión, tú tiés de tenerlo en cuenta, que paece que no quiés tenerlo.

PABLO. ¿Pero qué daño hay en que ella viese lo que si no es suyo fué porque yo andaba de por medio?

DAMIANA. ¡Gracias a Dios y a la Virgen!

PABLO. Se terció que viniera, aprovechando las vacaciones y el tener cerrá la tiendecita... ¿Y qué? ¿Hace daño a naide? ¡Tó lo contrario, que está ella aquí y paece que hay más alegría, y que la gente anda mas madrugadora y con más ánimos pa el trabajo!

DAMIANA. Mucha alegría... pero no es de ley, te lo digo yo, ¿Que ella está a gusto? ¡Pa chasco, si la traes en palmitas! Si quiés que te siga el can, échale pan... ¡Ya se lo echas tú, ya!

PABLO. ¡Pues sí...! Una triste ayuda pa la tienda que puso pa matarse trabajando con tal de comer de lo suyo... Que hasta si tié apuros de una letra o una factura que pagar, es don Gaspar el que está a la mira de contármelo, que ella se callaría. ¿O no es verdá lo que yo digo?

DAMIANA. ¿Lo niego yo, que fuí la primera en aconsejarte

lo que tenías de hacer, porque vale más una mala avenencia que una güena sentencia? Sólo que de eso a traerla aquí.... ¡Vaya, que no está bien! Que estas pájaras...

PABLO. ¡Cállese, Damiana!

DAMIANA. *(Tercamente.)* ¡Pájaras, sí, pájaras, manque te me enfades! Pájaras, que se dan toa la maña el mundo pa meterse en los sentíos e los demás, y eso es lo que me tié a mí en ascuas. ¡Que hay que verla, que lleva acá seis días y paece mesmamente el ama; el ama, lo que ella no podrá ser nunca, y bien lo sabes tú, Pablito!

PABLO. *(En un impulso.)* ¿Y por qué nó, amos a ver?

DAMIANA. *(Lloriqueando.)* Hijo, hijo, que antes quisiá morirme... ¡Que acabaré viéndome arrinconá y hecha un pingajo! ¡Que esto no pué consentirlo Diosl

PABLO. *(Arrepentido de su arranque, y acudiendo a Damiana, muy cariñoso.)* ¡Ea! ¿Qúié usté dejarse de historias? ¡Pos no piensa usté disparates ni ná! ¡Si es usté tal que mi madre, y aqui no hay más voluntá que la suya, y ella mesma, la Guadalupe, que se ha dao cuenta de que usté la tié manía, no sabe qué hacer pa halagarla...!

DAMIANA. ¡La hipocritona! ¡La monjita boba...!

PABLO. Tenga lástima de ella, que está sin más amparo que el nuestro. Y usté es güena, aunque se haga la mala, genio e vinagre. *(Bromeando.)* ¿Amos a alegrar ya la cara, agüelita? ¡Esta vieja del mimo...! *(Se oyen por el foro las risas alborozadas de Guadalupe y don Gaspar.)* ¡A callarse, que ahí vienen! ¿No la oye usté? ¿No da gozo esa risa de mujer de bien?

(Por el foro llegan GUADALUPE *y* DON GASPAR, *muy animados. Guadalupe viste de luto, y don*

Gaspar un traje veraniego, propio para andar por el campo.)

D. GASPAR. *(Al entrar, a Pablo, al que sorprende haciéndole carantoñas a Damiana.)* ¡Magnífico! ¿Con que haciéndole el amor a la Damiana, eh?

DAMIANA. *(Malhumorada.)* ¡Amos! ¿Se quié usté callar?

D. GASPAR. ¡Buen sitio es este para cortejos, como hay Dios!

DAMIAMA. ¡Cuidiao con el viejo cascón este, que siempre anda con gromas! *(Reparando en que don Gaspar viene sucio del polvo del campo.)* ¡Y guapo que viene...! ¡Tal que si se hubiá revolcao por la parva! ¡Y ahora a soltar aquí la basura, que aquí está la Damiana pa azacanear en la limpieza!

GUADALUPE. *(A Don Gaspar.)* Sí que está usted perdido. Traiga que le sacuda un poco. *(Cuando va a hacerlo, se lo impide Damiana.)*

DAMIANA. ¿Qué va usté a hacer, creatura? ¡Güeno se pondría esto!... Arriba le sacudiré yo... ¡Y miá si fuese con lo que yo dijera!

D. GASPAR. ¡Toma! ¡Me molía usted a palos! *(Riendo, a Pablo.)* ¡Hijo, Pablito, qué novia más arisca tienes!

PABLO. *(Siguiendo la broma.)* Por menos de ná se me enfurruña.

DAMIANA. ¡Míalos, mialos, que se han arrejuntao tres contra una vieja inorante! *(A Guadalupe y don Gaspar.)* ¿Y pa eso han venío ustés aquí? ¡Güen humor de correr siete u ocho leguas!

PABLO. *(A don Gaspar.)* ¡Está rabiosa!

D. GASPAR. ¿Y por qué? ¿Porque tú no quieres cantarla coplas de ronda, ni bailarla en la plaza el domingo? ¡Pues tiene ella razón! *(Pablo y Guadalupe vuelven a reír.)*

DAMIANA. (*Fingiendo bromear, pero con muy mala intención.*) ¡Pos claro, rey Gaspar o rey demonios! ¡Es que el galán me ha salío de lo más avergonzaote...! (*A Pablo.*) ¡Vaya, bobo! ¿Que tié de particular que un mozo requiebre a una vieja? ¡Tamién hay mozas que reqniebran a los viejos, y no pasa ná! (*Satisfecha de su indirecta, a don Gaspar.*) Ande, ande, venga a que le sacuda...

D. GASPAR. (*Yendo hacia ella, y siempre de buen humor.*) No vaya usted a dar muy fuerte.

DAMIANA. ¿Cómo quié usté que le dé, si trae la ropa como pa echarla al río? ¡Jésus, qué mano de escoba le está haciendo falta!

D. GASPAR. Bueno, bueno; pero con la escoba, ¿eh? No con el palo...

DAMIANA. Pa otra cosa usaría yo el palo, créamelo usté... (*Aparte, al irse.*) (Y al que le duela la muela, échela fuera.) (*Se va con don Gaspar por la izquierda, segundo término.*)

PABLO. (*Sonriente, a Guadalupe, por Damiana.*) ¡Qué diablo de mujer! ¡Siempre está lo mesmo!

GUADALUPE. (*Que se había quedado silenciosa.*) ¡Siempre, verdá que sí! No desperdicia ocasión de soltar un aguijonazo... Que ya ando yo pesarosa de haber venido.

PABLO. (*Con gravedad.*) ¿Por qué dice usté eso, Guadalupe?

GUADALUPE. ¿Pues no lo vé usté, Pablo? Damiana con su genio y su gramática parda, es franca, por lo menos. No disimula que no me traga.

PABLO. Hay que dispensarla los arranques, porque es vieja y está acostumbrá a ser la única, la que lo lleva tó; pero de ahí no pasa. El amo soy yo.

GUADALUPE. (*Luego de una pausa, y resueltamente.*) Mejor es

que me vaya. Cumplido el capricho que tuve, ¿qué pinto yo aquí? ¿Sembrar cizañas? ¡No nací para eso!

PABLO. ¡Válgame Dios! ¿No está usté aquí a su modo? ¡Como a una reina querría yo tenerla!

GUADALUPE. *(Con mucha franqueza, y un noble acento de gratitud.)* ¿Qué habla usted? ¡Mira que no estar yo a gusto, y se me logró la única alegría que esperaba en el mundo!... Venir a esta casa, y ver el huerto, y el corral, y los campos, y tó lo que, sin haberlo visto nunca, me sabía ya de memoria...! ¡Vaya, Pablo, no se enfade! ¡Ay, Dios, qué torpe es una, que no sabe una decir bien lo que quiere!

PABLO. *(Tras un breve silencio. muy persuasivamente.)* No se marche usté, Guadalupe... ¡No quiero que se marche!

GUADALUPE. Yo no estoy bien aquí. Compréndalo, Pablo. Un día u otro tendré que irme... Pues que sea cuanto antes. Compréndalo...

PABLO. Comprendo tó lo que usté quiera... Pero quédese.

GUADALUPE. ¿Y con qué razón me voy a quedar?

PABLO. ¿Yo qué sé? Si yo mandase en usté, se lo mandaría. Si los ruegos valen, téngalo por rogao.

GUADALUPE. *(Entristecida.)* ¡Pablo...!

PABLO. *(Con mal humor.)* ¡Condenao sino el mío! ¡No faltaba, pa que esta casa y estos campos se me caigan encima, sino que usté viniese pa echar luego a correr y quearme yo solo!... ¡Que me pongo a pensar y no sé lo que es esto! *(Guadalupe mira a Pablo con inquietud. Llega* DON GASPAR *por la izquierda, segundo término.)*

D. GASPAR *(Al salir.)* Me ha dejado hecho un cromo...

Y con suavidad, no vayais a creeros. A la Damiana se le va toda la fuerza por la boca. *(Observando la actitud de Guadalupe y Pablo.)* ¿Qué sucede?

PABLO. *(A don Gaspar.)* La Guadalupe, que dice que se va.

D. GASPAR ¡Vamos! ¡Vaya una ocurrencia! *(Con su jovialidad de siempre.)* ¡Qué se ha de ir...! No hagas caso, Pablito. *(A Guadalupe.)* ¡Así que no hay todavía cosas que hacer! Ir de merienda a los trigos de Cayetano «el Tuerto»; asistir a los pregones del Aniano y la Melitona, que se casan al acabar la trilla; comer el bizcochón el día de la Virgen en «cá» la Engracia... Y, sobre todo, darle la tabarra a la Damiana, que es lo más divertido.

GUADALUPE. *(Recobrando su aire risueño.)* Con usted no hay manera, don Gaspar.

D. GASPAR. ¿Irnos? ¡Desde luego! Pero antes hay que cumplir, que en esta tierra son muy cumplidos. Y cuando empecemos a dar la pelma, éste *(por Pablo.)* nos factura para la ciudad. ¡y se acabó la presente historia! ¿Sirve el programa?

PABLO. *(Satisfecho.)* Por mí, aceptao.

GUADALUPE. Hagan ustedes lo que quieran; pero yo me doy cuenta de que este no es mi sitio. Ya hay comentarios y murmuraciones... ¡y hasta me han puesto un mote!

D. GASPAR. ¡Sí que es novedad! ¿Quién no lo tiene en este pueblo? «Pan frito» me llaman a mí, desde que saben que me gustan los picatostes.

PABLO. *(A Guadalupe, soliviantado.)* ¿Qué mote es?

GUADALUPE. «La pájara». Aquí, yo soy eso: la pájara. ¡A saber si tienen razón!

D. GASPAR. *(Riendo.)* ¡Ay, qué pájara ésta! ¡Que vino aquí

en un vuelo, y parece que ha entrado en la finca una bandá de gorriones!

(IGNACIA *entra por el foro, con un cántaro lleno de agua, que deja en la cantarera.)*

IGNACIA. Güenas tardes, señorita, y la compaña.

GUADALUPE. Adiós, Ignacia. ¿Hiciste mi encargo?

IGNACIA. ¡Pos no faltaba más! Lo truje aquí endenantes. Que ya tuvo de gruñir la Damiana, que es un zarzal, y pincha por toas partes.

PABLO. *(A Guadalupe.)* Pa que usté vea que es el genio de ella.

GUADALUPE. Pero si en el fondo es buenísima...

IGNACIA. ¡Jésus! ¡Como agua en pozo! Está en el fondo, pero antes hay tiempo e estrellarse.

D. GASPAR. ¡Pobre Damiana! Tiene ya muchos años...

IGNACIA. *(Que se ha puesto a remover los pucheros que hay en la lumbre.)* ¡Más que siete loros!

(Llegan por el foro ECEQUIEL, EUSTAQUIO *y* EL BARRIGÓN. *Los dos últimos, rústicos campesinos que visten como tales. Eustaquio es un cincuentón cazurro y cachazudo. «El Barrigón», cuyo aspecto flaco contrasta con su apodo es más joven.)*

EUSTAQIO ¡Deo gracias!

BARRIGÓN. ¡Guás tardes!

D. GASPAR. Hola, buena gente.

ECEQUIEL. *(A Pablo, por los mozos.)* De la taberna me los he traío.

D. GASPAR. *(A Ecequiel.)* Hizo usted muy bien. *(A los demás.)* ¡Qué afán de taberna!

BARRIGÓN. ¡Si ya estábamos nosotros en venirnos pa acá!

EUSTAQUIO *(A Ecequiel dándole un manotón.)* Condenao, que tiés siempre de sacar los defeutos!

ECEQUIEL. ¡A ver ande estábais!

PABLO. *(A los mozos.)* Ya sabéis que no me gusta eso.

D. GASPAR. Pero, si no van a la taberna, ¿adónde van a ir?

IGNACIA. *(Desde el fogón.)* ¡Que son unos borrachos!

BARRIGÓN. ¡Miá quién habla! ¡Bien que te gusta a ti el anisao!...

IGNACIA. ¡No empieces, Barrigón!

EUSTAQUIO. *(A Pablo, mientras Ecequiel dialoga con Guadalupe y Don Gaspar, y el Barrigón y la Ignacia discuten.)* Oye, tú, Pablo; que hay que mandar razón á la casa e los atomóviles pa que envíen las piezas e la trilladora.

PABLO. No me he acordao, Eustaquio.

EUSTAQUIO. Pos corre priesa, que ya no funciona y habrá que golver a los trillos antiguos.

PABLO. Ahora mesmo escribo.

BARRIGÓN. *(A Guadalupe.)* ¡Si veníamos ya cuando ha llegao éste! *(Por Ecequiel.)* ¡Pa chasco que no viniésemos, cuando tié usté de contarnos el romance de la mal casá!

GUADALUPE. ¡Ande, bobo! ¡Ya no me acuerdo!

D. GASPAR. No os apuréis, muchachos. ¡Lo inventamos!

IGNACIA. *(Acudiendo al grupo.)* ¡Ay, sí' Llamo a la Encarna, que quié oírlo? *(Sin aguardar respuesta va a la puerta del foro y grita:)* ¡Encarna! ¡Encarnaaa! ¡Ven acá enseguía!

PABLO. *(A Eustaquio.)* Pondré la carta. *(A Guadalupe y don Gaspar.)* Voy ahí dentro, a escribir. ¿Ustés se quedan?

D. GASPAR. Sí, hombre. ¡Si ahora empieza el jolgorio!

GUADALUPE. *(Riendo.)* Que se han empeñado en que yo les diga coplas... ¡Y son ellos los que han de decirlas, que bien majas las saben!

BARRIGÓN. ¡Amos, calle usté...! ¡Que aquello que nos contó anoche e la gitana que se enamora del rey de las Indias...!

PABLO *A Guadalupe y don Gaspar.)* Aquí les dejo; no

tardo ná. *(Se va por la izquierda, primer término.)*

EUSTAQUIO. Ve con Dios, Pablo. *(A Guadalupe.)* ¿Qué nos va usté a contar hoy?

GUADALUPE. No, yo no... Ustedes son los que van a echar los refranes, que ya tengo curiosidad de oirlos. *(Comienza a oscurecer. Guadalupe se ha sentado en un sillón, junto a la mesita, ante el hogar. En torno de ella forman corro Ignacia y los mozos, unos sentados en sillas bajas y otros tumbados en el suelo. Don Gaspar, algo apartado, presencia y comenta la escena con muy buen humor.)*

BARRIGÓN. *(A Guadalupe.)* ¡Pos sí que los echamos!

ECEQUIEL. *(Riendo)* ¡Habrá que verte a tí iciendo versos, Barrigón.

GUADALUPE. *(Al «Barrigón».)* Pero, ¿por qué le llaman a usted así, siendo tan flaco?

BARRIGÓN *(Muy orgulloso.)* Yo, sí. ¡Pero hubiá usté visto a mi agüelo, que era el del mote!... *(Todos ríen.)*

D. GASPAR. ¡Aquí se explica todo! *(Por el foro llega, muy precipitada,* ENCARNA, *moza guapetona, que está siempre como despavorida. Entra en el grupo atropellando a todos, hasta lograr el mejor sitio, a los pies de Guadalupe, entre las protestas de los demás.)*

ENCARNA. *(Al entrar.)* ¿Ha emprencipiao ya? ¡Ay, dejadme! ¡Que creí que no acababa e quitar la ropa e la solana! *(A Guadalupe, con mucha avidez.)* ¡Diga usté, diga usté!

GUADALUPE. ¡Si no digo nada, Encarna! ¡Es el Barrigón, que va a echar los refranes!

ENCARNA. *(Desilusionada.)* ¡Amos...!

BARRIGÓN. ¡Pos sí!...

ECEQUIEL. *(Al «Barrigón».)* ¿Qué vas a echar tú, esgraciao? *(A Guadalupe.)* Miusté si será zoquete,

que pa la Pascua fué a la Nava a ver a la novia, y salió de aquí hecho un figurín, con cuello duro y hasta corbata verde y colorá...

BARRIGÓN. *(Pavoneándose.)* ¡Siete riales me costó en la feria!

D. GASPAR. ¡Caray, ya sería buena!

EUSTAQUIO. ¡Pa lo que le duró...!

ECEQUIEL. *(A Guadalupe.)* Pos llega a la Nava, está to el domingo con la moza, y a la noche se va a la posá, que al otro día tenía misa y mesa ande los suegros... Con que, al dir a acostarse, como él no sabe hacerse el ñúo e la corbata, pensó: «Si ahora me la quito, ¿quién me la pone mañana, que no está aquí mi madre?» Y... ¡na!, que se acostó con la corbata puesta! *(Todos ríen con gran alborozo.)*

BARRIGÓN. ¡A ver qué iba yo a hacerle, señorita!

IGNACIA. ¡Es más burro...!

ECEQUIEL. Lo grande fué que a la mañana siguiente, con el sudor, se levantó el Barrigón con tó el cuello arrugao, y la corbata esteñía, que ande no llevaba un manchón colorao llevaba uno verde, y así... *(Nuevas risas.)*

D. GASPAR. ¡Qué catástrofe!

ECEQUIEL. Como que la novia le vió de llegar con tanto colorín en la camisola, le dió un bufío, le echó de casa... ¡y peleaos están! *(Todos vuelven a reir, y luego Eustaquio dice:)*

EUSTAQUIO. Bien empleao le estuvo. ¿Cuándo llevó corbata un campesino?

ECEQUIEL. *(A Guadalupe.)* Pa que vea usté si va a hacer versos el Barrigón.

BARRIGÓN. Pos sí que los hago. Mejor que vusotros.

ECEQUIEL. Yo sí que sé romances lo mesmo que la seño rita.

D. GASPAR. ¡A ver, a ver, que diga uno!

ENCARNA. ¡Eso, eso!

IGNACIA. ¡Amos, qué va a decir este tonto!

BARRIGÓN. ¡Pos sí!... ¡Que lo diga!

ECEQUIEL. ¿Qué sus apostais a que cuento el romance de las niñas desaparecías?..

ENCARNA. ¡A ver!

EUSTAQUIO. ¡Hala, valiente! *(Ecequiel, se rasca la cabeza, intenta hablar dos o tres veces, y no arranca.)*

BARRIGÓN. *(Riendo.)* ¡No lo sabes!

ECEQUIEL. ¿Que no? *(Recitando, a tropezones.)*

En un lugar muy agreste,
lejos del monte y del llano,
tres niñas, alegremente,
se comieron a su hermano.

(Se atasca y no sabe continuar.)

BARRIGÓN. ¡Güeno! ¿Y qué más hicieron?

ECEQUIEL. ¿Qué más? ¿Te paece poco comerse a su hermano? *(Todos ríen.)*

D. GASPAR. ¡Magnífico, hombre!

GUADALUPE. Ya lo creo que sí.

D. GASPAR. *(A Ecequiel.)* ¿Y quién te enseña a ti los romances?

ECEQUIEL. Uno que oye a los ciegos, y se fija uno...

BARRIGÓN. Te veo con un guitarro y un perro e lanas a la puerta e la iglesia.

EUSTAQUIO. *(A Guadalupe, por el Barrigón.)* El mozo se va espabilando. ¡Le viera usté adivinar acertijos!...

D. GASPAR. ¿A que no? Yo sé uno... ¡Huy, el que yo sé! Al que lo acierte le doy un duro.

ECEQUIEL. *(Codicioso)* ¡Dígalo!

D. GASPAR. Tres pájaros en una azotea; matando dos, ¿cuántos quedan?

BARRIGÓN. *(Como un cohete.)* ¡Uno! ¡Venga el duro!

D. GASPAR. ¡Cá! No queda ninguno, porque el que queda se asusta y echa a volar. *(Nuevas risas de todos.)*

ENCARNA. *(Al «Barrigón».)* ¡Anda, bobo! ¡Güen chasco te has llevao!

(Se ha hecho ya de noche, y cuando el bullicio es mayor en el grupo sale DAMIANA *por el segundo término izquierda.)*

DAMIANA. *(Muy enojada.)* ¿Qué es esto? ¡Virgen del Tercer Dolor! *(A los campesinos.)* Pero... ¿sus habéis propuesto freírme la sangre? ¿Es que aquí tó va a ser zarabanda? ¡Largo pa las obligaciones!

IGNACIA. *(Decepcionada.)* ¡Adiós!

D. GASPAR. ¡Se aguó la fiesta!

DAMIANA. *(A Encarna.)* ¡Tú, al corral, a arrecoger las gallinas y a soltar el mastín!

ENCARNA. *(De mal humor.)* ¡Miá qué bien!

ECEQUIEL. ¡Cómo si no hubiá bastantes mastines sueltos!

DAMIANA. *(A Ignacia.)* ¡Tú, pa adrento, a guardar la ropa que ya está lavá! *(A Eustaquio y al Barrigón.)* Vosotros, a echarle el pienso al ganao. *(A Ecequiel.)* Y tú te pués dir ande te dé la gana, que maldita la falta que haces aquí.

GUADALUPE. *(Bromista.)* Damiana, se olvida usted de dos.

DAMIANA. ¿Qué dos?

GUADALUPE. Don Gaspar y yo. ¿Dónde nos vamos nosotros?

D. GASPAR. *(Bromeando también.)* ¡Yo, a esconderme, que cuando Damiana se pone así le asusta a uno! *(Se va por la izquierda, primer término.)*

DAMIANA. *(Conteniéndose.)* ¡Qué gromistas están los forasteros!

ENCARNA. ¡Bendito Dios, qué mujer esta! *(Se marcha cansinamente por el foro.)*

DAMIANA. Si no estuviá yo aquí, ¡cómo os saldríais de la

verea...! *(Encendiendo la luz.)* Que haiga luz, que lo oscuro está bien pa los lobos... ¿Es que no te vas, Ignacia?

IGNACIA. Ya voy, ya voy... Que no hay fuego, tía Damiana. *(Se va por la izquierda, segundo término.)*

DAMIANA. ¡Ay, si lo hubiá...! ¡Güena falta te hacía una hoguera, holgazana! *(A Eustaquio, el Barrigón y Ecequiel.)* ¡Ea, a lo vuestro!

EUSTAQUIO. No te pongas de esa conformidá, creatura.

DAMIANA. ¡Si te paece...!

BARRIGÓN. *(Yéndose, con los demás, por el foro.)* ¡Con Dios! ¡La endemoniá vieja...!

ECEQUIEL. *(Al irse, al Barrigón.)* Y, luego, si va uno a la taberna, porque no hay otro sitio ande dir, cretican... ¡Pa que veas tú, Barrigón!

(Quedan solas en escena Damiana y Guadalupe. Aquélla, de muy mal humor, pone en orden las sillas y atiende a los cacharros que hay en la lumbre. Guadalupe la contempla en silencio.)

DAMIANA. *(Mientras trajina, como hablando a solas... para que oiga la otra.)* ¡Arrastraos haraganes...! ¡Qué apañao andaría esto si una les diese alas...! ¡Que ya se ve que quien se las da no sabe el daño que hace! ¡Que no quién más que jota y bullanga!

GUADALUPE. *(Decidiéndose a hablar.)* ¿Por qué se pone usted así, Damiana?

DAMIANA. *(Fingiendo sorpresa.)* ¡Es verdá, que usté no se ha dío! ¿Y cómo quié usté que me ponga, amos a ver? ¿Qué ley manda que en día e trabajo esté la gente alborotá, que paece que es Nochegüena?

GUADALUPE. Volvían de trabajar, y entre estar aquí o en las bodegas...

DAMIANA. ¡Ni en un lao ni en otro! Ya vió como les dije

lo que aún tenían que hacer. Sin contar la cena, que está a medio aviar...

GUADALUPE. Es temprano.

DAMIANA. ¡Claro! Lo de siempre; hacer aluego a toa priesa lo que sea, que perniles hay en la despensa y güevos ande las gallinas. Que en casa llena presto se guisa la cena. ¡Que hay ya unos días que esto es un desbarajuste!

GUADALUPE. *(Recogiendo la indirecta.)* Sí; desde que yo vine...

DAMIANA. *Dulcificando el tono... y arrepintiéndose en seguida de la dulzura.)* No digo eso... que si quisiá decirlo ya lo diría, que no tengo pelos en la lengua. Lo que digo es que poco vale ganar sin contar ni guardar, y aquí ni se guarda ni se cuenta. Y por ahí se empieza, y güeno es remediarlo, que quien no acude a gotera acude a la casa entera.

GUADALUPE. En eso tendrá usted razón.

DAMIANA. Porque la tengo hablo, manque a los otros les tenga sin cuidiao. Los otros, con aquello de: «Llueva pa mí en abril, y en mayo pa ti», ya están a sus anchas.

GUADALUPE. No sea mal pensada, Damiana. A todos les gustan las cosas en orden.

DAMIANA. Poco se nota.

GUADALUPE. No quiere usted notarlo. Ni quiere tampoco convencerse de que yo no soy esa... pájara de de que usted habla. Sé que es usted buena, y por eso me duele que me achaque sabe Dios qué malas ideas.

DAMIANA. ¡Hija, si yo no le achaco ná! A mí me dicen que usté es una santa, y yo digo: «Lo será». Pero me dicen: «Tiés que tener devoción a esta santa», y ahí sí que salto pa replicar que en

las devociones no manda naide, y que toas las santas del cielo y la tierra, si en la tierra las hay, son güenísimas; pero que yo le rezo a la mía, a la de mi gusto, a la que ende pequeñaja he visto en los altares. ¡Y sea usté tó lo santa que quiera!

GUADALUPE. Yo no soy más que una pobre mujer, que, si algo malo hizo, ya lo está purgando.

DAMIANA. ¡Creatura, usté se lo dice tó! Si lo hizo y lo paga, ¿qué tenemos con eso los demás?

GUADALUPE. Los demás podían tener lástima. ¿Qué puede usted echarme en cara?

DAMIANA! ¡Miá tú...! ¡Tantas cosas...!

GUADALUPE. ¿Que encontré un hombre bueno que tuvo compasión de mí? ¿Que yo, que estaba con aquel ansia de cariño que no hay quien la explique, pensé que no hacía daño a nadie queriendo al que me tendía la mano?

DAMIANA. Pa mirarla a usté desapartó los ojos de esta casa.

GUADALUPE. Eso no es verdad; que desde entonces fuimos a ocuparnos de ella.

DAMIANA. *(Sorbiendo el aire, con un gesto de desdeñosa duda.)* ¡Ja, jay!

GUADALUPE. Usted no sabe, Damiana, lo que es, en la ceguera de los veinte años, sentir que una se abrasa de pasión por un hombre, y dárselo todo, en la confianza de que así está mejor guardado: la honra, y la vida, y hasta la propia alma de una.

DAMIANA. *(Reprendiendo a Guadalupe, ya con cierto aire maternal.)* ¿Y quién la mandó a usté ser boba?

GUADALUPE. ¿Y quién mandó a aquel hombre ser un malvado, y dejarme en la calle como un guiñapo?

DAMIANA. ¡¡Canalla!!

GUADALUPE. Y allí me vió usted, sola, resignada a lo que

tuviera de ocurrir, que el primero que llegase podía hacer de mí su capricho. Sólo que llegó Mariano, y, en vez de tomarme a diversión, tuvo caridad y me dió amparo.

DAMIANA. ¡Aquel sí que era un santo!

GUADALUPE. ¡Habla usted de esta casa...! Para mí fué sagrada.

DAMIANA. ¡Otra cosa podía haber pasao, hija! ¡Sagrá y bien sagrá! *(Recelosa.)* Y tié de seguir siéndolo. Que, con toa mi inorancia, yo sé que no estaría bien salirse del caminito llano y meterse por los atajos. ¿Usté me entiende?

GUADALUPE. *(Humilde.)* Sí, Damiana, sí.

DAMIANA. *(Remedándola.)* ¡Sí, Damiana, sí!... ¡Pero con otra cara, canastos! ¡No paece sino que yo la tengo a usté estrangulá! ¡Tanta fama que trae usté de parlotera y risueña, y da angustia mirarla!...

GUADALUPE. *(Con melancólica sonrisa.)* Ya ve usted...

DAMIANA. Yo no me como a naide, y cuando se ice a tener corazón, el mío va el primero. *(Lloriqueando.)* ¡Tamien es mucha copla esto de que a mí me crean un puerco espín!

GUADALUPE. Pero, Damiana...

DAMIANA. ¡Pero demonios. .! Güenas acciones son las que hacen falta, que la prudencia es madre de la cencia. Y no se crea usté que porque a mi me enrite que haiga usté venío a regolver la casa estoy piando porque se marche. ¿Es cosa el amo? ¡Pos a callar se ha dicho! *(Otra vez recelosa.)* Sólo hay que tener cuidiao con el amo, pa que no se enrée la madeja.

GUADALUPE. *(Emocionada.)* ¡Qué buena es usted!

DAMIANA. Ni güena, ni mala... Como toas... Como usté mesma, sólo que más vieja, ¿Usté güena ende

hace treinta años? Yo güena ende hace sesenta... Esa ventaja llevo.

GUADALUPE. ¡Dios se lo pague! ¡Que así quería yo que usted me hablase! *(La abraza.)*

DAMIANA. *(Rechazándola suavemente.)* ¡Jésus! ¡Vaya de ahí!... Zalamerías ahora, que está una ahogá de oir penas. ¡Miá como son estas zaragatas! *(Se echa a reir, y Guadalupe también. Por la izquierda primer término, salen* DON GASPAR *y* PABLO, *éste con una carta en la mano. Ambos se quedan asombrados al ver la armonía que reina entre las dos mujeres.)*

PABLO. *(A don Gaspar, por Damiana.)* ¿No decía usté que los había echao con cajas destemplás?

D. GASPAR. *(Desconcertado.)* Hombre, a mí me pareció que sí...

PABLO. Pues véalas tan en paz y gracia de Dios.

GUADALUPE. *(Risueña.)* ¿Y qué tiene eso de raro?

DAMIANA. Mucho ha de tener. ¡Ya quisián vernos enreás, pa decir que yo soy un basilisco!

D. GASPAR. *(Zumbón.)* No, señora; ¡al contrario!

DAMIANA. Otra se quea en el cuerpo.

PABLO. Ná más de mi gusto que verlas a ustés haciendo güenas migas. Ca vez que sentía de gruñir a la Damiana, ¡me daba una rabia...!

DAMIANA. Pos mucho has de rabiar entoavía, Pablo; que diquiá que me muera tengo de gruñir tó lo que se me antoje.

GUADALUPE. Y yo la ayudaré, si tiene razón.

DAMIANA. Que la tendré siempre.

D. GASPAR. *(A Pablo, riendo.)* ¡Se han puesto de acuerdo contra nosotros!

DAMIANA. Sí que nos hemos puesto. Y aquí la Guadalupe se ha convencío de que cuando grito es porque me traen tós mú harta. Como ahora, que fíjese

usté ande habrá dío la Encarna pa encerrar unas malas gallinas y soltar un perro. ¿Qué hay que hacer con ella, me quié usté decir?

GUADALUPE. (*Riendo.*) ¡Irnos en su busca!

DAMIANA. ¡Pero que ya mesmo! ¡Y me va a oír esa condená!...

D. GASPAR. ¡Pobre Encarna!

PABLO. (*Dando a Damiana la carta que tiene en la mano.*) Ya que sale usté, déle a un mozo esta carta, pa que se la lleve al peatón,

DAMIANA. (*Rabiando.*) ¡Miá si no es grande! ¡Llena la casa e holgazanes, y una mala carta que sea tengo yo de llevarla!...

PABLO. Si no es eso...

DAMIANA. (*Cogiendo la carta con mucho aire.*) ¡Trae, trae, que mejor es que yo me encargue, que así va segura!

GUADALUPE. (*A Damiana.*) Ecequiel la llevará, mientras nosotras metemos prisa a la Encarna. Venga usted.

DAMIANA. ¿Y pa qué tié usté de molestarse, amos a ver?

GUADALUPE. ¡Vaya molestia! (*A Pablo y don Gaspar.*) Hasta ahora. (*Se va por el foro.*)

DAMIANA. Tamién es gracia que habiendo venío a descansarse dé un trote por culpa de esas haraganas. (*Yéndose hacia el foro.*) Ahora, que me oyen. (*Ya traspuesto el foro, en el corral, y a gritos.*) ¡Encarna! ¡Maldita e tós los diablos! ¿Entoavía estás en el corral? (*Se marcha.*)

D. GASPAR. (*Rompiendo a reir, apenas se va Damiana.*) ¡La ha conquistado! ¡Otro milagro de Guadalupe!

PABLO. Ya me lo esperaba. A esta Damiana no hay más que llevarla el genio.

D. GASPAR. Y Guadalupe se da para eso mucho arte.

PABLO. Pa eso y pa tó. ¡Pena es que se vaya!

D. GASPAR. ¿Qué va a hacer aquí?

PABLO. Tenía que haber alguna razón pa que se quedara. Otra es la casa ende que está ella. En ná interviene, y paece que en tó se ve su mano

D. GASPAR. Es muy buena la moza. Ya te lo dije. ¡Mereció tener otra suerte!

PABLO. De lo pasao, ni acordarse. Uno hace tó lo que pué hacer.

D. GASPAR. Sí; pero, ¿no da rabia que una mujer así esté sola y mal mirada, y viviendo al amparo de los que no somos nada para ella? Alguna vez lo he pensado yo, y.., *(Vacilante.)* oye, ¿no te reirás?

PABLO. ¿Yo? ¿De qué?

D. GASPAR. De que... *(Decidiéndose.)* Mira tú, Pablito; parece que yos oy un hombre que, de tanto rodar por el mundo, puedo ir de cara a todas partes... ¡Bueno, pues no!

PABLO. ¡Cualquiá le entiende a usté, don Gaspar!

D. GASPAR. Yo sé que Guadalupe hizo feliz a un hombre, y me pongo a pensar lo que yo hago en este mundo, a mis años y sin que nadie se ocupe de mí.

PABLO. *(Interesado ya en la conversación.)* ¿Y eso a qué viene?

D. GASPAR. Que me miro por dentro y me veo sano y recio, pero aguardando el día enque la salud diga: «¡De aqui no paso!» Y, entonces, ¿qué? ¿Dónde voy en busca de cuido y cariño? ¡Créeme que es muy triste, Pablo!

PABLO. ¡Vaya unas ideas!

D. GASPAR. Pues yo me digo: «Guadalupe está tan sola como yo. Ella me tiene algo de simpatía, y yo sé que es una mujer cabal. Los dos somos libres, y necesitamos una ayuda, un calor..., no

sé cómo explicártelo. *(Riéndose.)* ¡Malditos sean los incovenientes, ¿verdad? Pues, hijo, no me atrevo!

PABLO. ¿A qué no se atreve, don Gaspar?

D. GASPAR. A decirle eso que parece tan fácil: que ya es hora de que yo tenga mi casa en orden, y de que ella no viva de misericordia, o poco menos.

PABLO. *(Protestando.)* ¡No es así como vive!

D. GASPAR. ¡Déjate, muchacho! Nosotros, que sabemos la verdad, lo encontramos muy lógico. Pero... ¿y la gente? La gente cree que Guadalupe vive de mala manera, y le vuelve la espalda, ¡a ella, que puede dar lecciones de honradez a quien se las pida! Ya ves la tienda; ni un alma a comprar, más que las zancajosas del mercado y algunas mujeres que... ¡vamos, se me arde la sangre de pensarlo!

PABLO. La Guadalupe no tié que preocuparse. Da igual que venda o no.

D. GASPAR. Te equivocas. Ella se aguanta, pero yo sé los apuros que pasa. ¿Y por qué va a pasarlos, si mi gusto sería decirla: «¡Ea, se acabó! Esta es mi casa, y mi nombre, y los cuatro reales que he reunido»?

PABLO. *(Trémulo por la sorpresa y la emoción.)* ¿Usté..? ¿Usté, don Gaspar..?

D. GASPAR. Sí, yo... Pero pienso en hablarla, y cuando parece que voy a tener el arranque salto y me pregunto: «¿Y si ella me manda a los mismísimos demonios?» ¡Y se me acaba el brío!

PABLO. ¿Quién se iba a pensar esto?

D. GASPAR. *(Bromeando.)* También tú me encuentras ridículo, ¿verdad?

PABLO. *(Haciendo un esfuerzo.)* No, yo no... Después de

tó, a mí... Y hasta es de agradecer la güena intención pa Guadalupe...

D. GASPAR. ¡Lo que me alegra oirte! Porque yo había pensado que, como a mí me da este ahogo de hablarla, tú, como cosa tuya, echándolo a broma, claro, cogieses a Guadalupe y le preguntases... eso: qué opina de mí; qué le parezco yo... ¡lo que tú creas! ¡A ver qué contesta!

PABLO. ¿Que yo le hable..? ¿Y en esa forma..?

D. GASPAR. ¿Quién mejor que tú? Si tu padre nos oye, él sabrá cuál es mi intención, y agradecerá que yo le dé a Guadalupe lo que él no pudo darle: algo que le permita levantar la cara y acabar con las murmuraciones.

PABLO. ¿Y qué diría tó el mundo?

D. GASPAR. ¿Qué importan lo que digan, si yo sé que ella es buena? *(Recobrando su buen humor.)* Hazlo, Pablito... Mira, es que yo... ya te digo... me da tanta vergüenza que parezco un crío...

PABLO. *(Abrumado.)* Pero, así, de golpe...

D. GASPAR. ¡No, hombre, no! Hoy, o mañana, o dentro de un mes... Cuando se tercie, y a modo de guasa... ¿No quieres a Guadalupe como a una hermana?

PABLO. *(Bajando los ojos.)* Como a una hermana, sí.

D. GASPAR. Pues ya ves que tu hermana puede ser feliz. ¿Cómo vas a negarte? ¿En qué te fundarías?...

PABLO. *(Ya sin saber qué decir.)* Desde luego... Eso es mú noble y mú de hombre de bien; pero... ¡déjeme pensarlo!

D. GASPAR. ¡El tiempo que quieras! ¡Cómo te lo agradezco, muchacho! Figúrate que a ella le parece bien... ¡Si hasta le tengo escritas no sé la de cartas, que no me he atrevido a mandárselas!.. Y algunas muy cursis, gracias a Dios. Siempre

pensando en la ocasión de dárselas, y... ¡vaya, que no me decidía! ¿Quieres que te las enseñe?

PABLO. *(Sin poder contenerse.)* ¡No querrá usté que se las dé yo!

D. GASPAR. *(Riendo.)* ¡Hombre, no! Es para que las leas tú y te rías. Voy a ir por ellas.

PABLO. ¡Deje usté!

D. GASPAR. *(Que no puede ocultar su júbilo.)* ¡Sí, hombre! ¡Ya verás si son graciosas! Las tengo arriba...

PABLO. ¿Pa qué va usté a molestarse?

D. GASPAR. Aguarda. *(Se va* DON GASPAR *por la izquierda primer término. Pablo queda un momento pensativo. Se sienta en un sillón, ante la mesa de la izquierda, hunde la frente entre las manos, y dice, con verdadera angustia y la voz temblorosa.)*

PABLO. ¿Y esto qué es..? Esa mujer, la Guadalupe... ¿Yo pedirla pa otro? *(Queriendo sobreponerse a su emoción,)* ¿Qué me pasa a mí? *(Alzando los ojos al cielo, como implorando.)* Padre, ¿qué es esto que me pasa? ¡Dios mío!... *(Se deja caer de bruces sobre la mesa, en silenciosa desesperación, conteniendo apenas los sollozos. Luego de una pausa llega por el foro* GUADALUPE, *muy bulliciosa.)*

GUADALUPE. *(Al entrar, riendo.)* ¡Buena la ha armado en el corral!... Vaya, Pablo, vaya a calmar a la Damiana, que yo no puedo... *(Fijándose en la actitud de Pablo, y acudiendo a él rápidamente.)* ¿Eh? ¿Qué le pasa?.. ¡Pablo!... *(Sacudiéndole el brazo con gran alarma.)* ¡Pablo!... ¿Qué ocurre...?

PABLO. *(Alzando la cabeza, y con voz ronca por la emoción.)* ¡Vete!... ¡Vete!...

GUADALUPE. *(Espantada.)* ¿Cómo...? Pero... ¡Pablo!...

PABLO. *(Lleno de dolor, y en tono suplicante.)* ¡Vete, Guadalupe! ¿No ves que quiero que te vayas..?

TELÓN

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

La misma decoración del primer acto. En una clara mañana de invierno.

(Están en escena, al levantarse el telón, GUADALUPE *y* DAMIANA. *Sobre la mesa del comedor hay varias prendas de tela blanca, como camisas, pañuelos, manteles y servilletas, que Guadalupe, que lleva traje de medio luto, ofrece a Damiana. Esta viste su ropa dominguera.)*

DAMIANA. *(A Guadalupe, protestando.)* ¡Amos, deje usté, Guadalupe! ¿Ande voy yo a dir con tanto trapo?

GUADALUPE. A callar, Damiana, y a llevarse lo que le doy.

DAMIANA. ¿Pero no ve usté que es un abuso?

GUADALUPE. *(Dándole unas prendas.)* Este mantel y estas servilletas le harán el gran avío en la finca.

DAMIANA. ¡Pos sí que no hay allí manteles, en gracia e Dios!

GUADALUPE. Pero todos de lienzo ordinario, y sin bordar, que me fijé yo muy bien cuando estuve. No hay nada para un caso de cumplido.

DAMIANA. ¡Miá qué falta hará, que por allí no apaece naide que sepa secarse el hocico si no es con el revés e la mano!

GUADALUPE. *(Riendo.)* Por si acaso, mujer. Para usted, estos pañuelos y esta camisa. *(Dándole una muy bordada.)*

DAMIANA. *(Rechazándola.)* ¡Jésus! ¡Quite, boba! ¿Qué di-

rían si supiesen que yo usaba tanto requilorio e bordaos y encajes? ¡Pos, hija, ni que fuera una a casarse! ¡Maja estaría, a mis años! ¿Y quién me tié de ver, pa que yo presuma?

GUADALUPE. Se ve usted en el espejo.

DAMIANA. ¡Vaya de ahí! ¡Pa un cacho e vidrio sin azogue que tié una a la cabecera e la cama!

GADALUPE. Tengo yo gusto en regalársela. ¿Va usted a despreciarme?

DAMIANA. *(Cediendo.)* No es eso, mujer. Es que a mí mesmo tié de darme vergüenza verme tan adorná. Pero, ¿usté se empeña? ¡Pos venga, y nos pondremos como el borreguito e San Juan!

GUADALUPE. *(Envolviendo las prendas, con las demás que enumera, en un papel.)* Aquí van también los delantales para Ignacia y la Encarna. Yo quisiera mandarles a todas; pero ya se hará usted cargo...

DAMIANA. ¿Quié usté callarse? ¡Masiao veo tó lo que me llevo, que ya sabe una lo que cuesta ganarse el duro!

GUADALUPE. Esto es de la tienda, que allí lo tenía muerto de risa.

DAMIANA. Ya ve usté si podía haberlo vendío.

GUADALUPE. *(Melancólica.)* ¡Sí, sí, vender!

DAMIANA. ¿Sigue mal el negocio?

GUADALUPE. Mal, Damiana. Y mire que me conformo con ganar una miseria, por el aquel de vender barato... Yo misma corto, y coso, y bordo, y hago todo lo que hay que hacer. ¡Pues como si no! Hay días que no se vende ni un pañuelo.

DAMIANA. *(Como hablando consigo misma.)* Es natural...

GUADALUPE. ¡No diga! ¿Natural que no pueda una vivir de su trabajo?

DAMIANA. Quieo decir que no hay por qué extrañarse.

Aquí tós se conocen, y se sabe la vida y milagros de cá uno. Y, aluego, con lo dás al beatería que son toas las mujeres de esta tierra... Ya usté me comprende, ¿no?

GUADALUPE. Sí que comprendo.

DAMIANA. ¡Miá qué tendrá que ver eso! Si a mano viene, una tira bordá de usté es mejor y más barata que la de cualisquier tienda... ¡Pos no, señor, no puén comprársela a usté, porque usté es... la Guadalupe! ¡Ay, qué mundo pícaro!

GUADALUPE. ¿Y qué hacer?

DAMIANA. Aguantarse, que, entoavía, tan y mientras las cosas sigan como hasta aquí, y Pablo ande al cuidiao...

GUADALUPE. Eso es lo que me da más pena, créalo usted.

DAMIANA. Ve ahí por qué estoy yo siempre a güeltas con lo mesmo. ¡Bien de rabia da que la tiendita, que podía ser un güen apaño, no marche a derechas! Yo, en su lugar de usté, viviría atragantá pensando en el día e mañana.

GUADALUPE. Verdad que hay que pensar en él. (*Luego de una pausa, y pasándose las manos por la frente, como para disipar ideas tristes.*) ¡Vaya, Dios me dará ánimos y me sacará adelante! Tampoco es cosa de que para un rato que nos queda de estar juntas nos pongamos así...

DAMIANA. ¡Eso es lo grande! ¡El temple que tié usté pa tó!

GUADALUPE. (*Recobrando su risueña serenidad.*) ¡Pues si no lo tuviera...! Yo sé que no hago daño a nadie, y eso basta para vivir tranquila... ¿Salimos ahora?

DAMIANA. Sí, que a la una se va el tren.

GUADALUPE. ¡También es empeño el suyo el de irse hoy!

DAMIANA. ¡Pos digo...! Anoche debí marcharme, que ha-

brá que ver cómo andará aquella tropa, dos días ya sin mí.

GUADALUPE. Entonces, saldremos.

DAMIANA. Sí que agradezco la compaña, que ná me aturde tanto como el rebullicio el gentío. Yendo con usté me paece que hasta soy menos paleta.

GUADALUPE. *(Riendo.)* ¡Qué mujer! Es ahí, cerquita. En el almacén de los de Toro encontraremos todo lo que necesite comprar. Pero antes le daré el desayuno.

DAMIANA. ¡Amos, deje!

GUADALUPE. ¡Si ya está hecho...! *(Llamando desde la puerta de la izquierda.)* ¡Eusebia! Trae el chocolate para la Damiana.

DAMIANA. ¡Tamién es molestia...!

GUADALUPE. ¿Quiere usted callar? *(Poniendo en un extremo de la mesa una servilleta que saca del aparador.)* ¡A ver si hago más de lo que usted hizo conmigo!

DAMIANA. *(Ponderativa.)* ¡Diferiencia va!

(Por la izquierda sale EUSEBIA, *que trae en una bandeja una taza de chocolate, bizcochos y un vaso de agua con azucarillo.)*

EUSEBIA. *(A Damiana, al salir.)* Güenos días. ¿Se ha descansao?

DAMIANA. Como una reina, hija.

GUADALUPE. *(A Eusebia, cogiendo la bandeja.)* Trae, trae... *(Pone el servicio sobre la mesa, y dice a Damiana:)* ¡Ea, no diga que la tratamos con cumplidos! Esto es lo de todos los días.

DAMIANA. *(Sentándose ante la mesa.)* ¡Pos se dan ustés vida e canónigos! *(Guadalupe le prende la servilleta al cuello, y ella le dice, sonriente:)* ¡Paezco un crío!

EUSEBIA. *(Riendo.)* ¡Ay, qué seña Damiana esta! *(Damia-*

na la mira con enojo, y a Eusebia se le corta la risa.)

DAMIANA. *(Probando el chocolate, a Guadalupe.)* ¿Le da usté a Pablo del mesmo chocolate?

GUADALUPE. Alguna vez lo meriendan él y don Gaspar. ¿Por qué?

DAMIANA. Porque ahora me explico que ande siempre gruñendo con el que le damos allá abajo, que dice que es ladrillo con agua. *(Eusebia vuelve a reir estrepitosamente y calla al ver que Damiana la mira otra vez con enojo.)* Toa la vida tomándolo, y hasta ahora no lo notó!

GUADALUPE. Siempre exagerará. *(Suena dentro la campanilla.)* Ve a abrir, Eusebia. (EUSEBIA *se va por el foro.)*

DAMIANA. *(Saboreando el chocolate.)* Hay que desengañarse que en una aldea no se encuentran las cosas tan güenas como aquí.

GUADALUPE. Pues se llevará usted unas libras de ese chocolate.

DAMIANA. ¡Ande allá, boba! Las manos con que usté lo hace tendría de llevarme...

(Por el foro llegan PABLO, DON GASPAR *y* EUSEBIA.*)*

D. GASPAR. *(Saludando al entrar.)* Santos y buenos... ¿Qué tal desde anoche, Damiana?

PABLO. ¿Qué hay, Guadalupe?

DAMIANA. *(A don Gaspar.)* Preparando la güelta, don Gaspar. *(A Pablo.)* ¿Llegas ahora, Pablito? ¿Cómo has dejao a aquella patulea? Danzando a su antojo, ¿verdá?

PABLO. Ná de eso, agüela. Tranquilo tó el mundo.

DAMIANA. ¿Qué vas tú a decirme? ¡Menos mal que diquiá dos horas estoy yo allí, y tó se pondrá en orden...! ¿Quiés un poco de chocolate? *(Pablo hace*

señas de que no) ¡Anda, hijo, que está mu güeno!

GUADALUPE. *(A Pablo.)* No hay quién la sujete. Se ha empeñado en irse.

D. GASPAR. *(Viendo a Damiana apurar el chocolate.)* Y está tomando fuerzas para el viaje...

DAMIANA. *(Bromista.)* Porque se puede... ¿Quié usté un poco? ¡Ande, don Gaspar!...

PABLO. ¡Ya, ya, Damiana! No le falta a usté más que la capucha pá paecer un fraile de almenaque.

EUSEBIA. *(Riendo, regocijada.)* ¡Ay, qué güeno ha estao!

DAMIANA. *(A Eusebia, con enojo.)* ¡Miá la pepona esta!... *(Comienza a mojar el azucarillo en el agua.)* Esto está rico. *(A Pablo, ofreciéndole.)* Toma, Pablo, que sé que te gusta.

PABLO. No, Damiana.

DAMIANA. ¡Un poco!... ¡Miá que yo no quiero más!... *(Acaba de tomar el azucarillo y el agua.)* ¡Se acabó!

GUADALUPE. *(Recogiendo el servicio del desayuno y entregándoselo a Eusebia.)* Llévate estos cacharros. (EUSEBIA *se va con ellos por la izquierda.)*

PABLO. *(A Damiana.)* ¿Hizo usté ya sus compras?

DAMIANA. Ya mesmo vamos por las últimas, pa dirme aluego al tren.

GUADALUPE. *(A Pablo.)* Salíamos ahora. Voy con Damiana, a que no la engañen. ¿Ustedes aguardan aquí?

D. GASPAR. ¡Pues claro que aguardamos! Y que hoy me convido a almorzar, Guadalupe.

GUADALUPE. Eso está muy bien. Voy por mi abrigo...

DAMIANA. Pos tráigame pa acá mi mantón y mi pañuelo. *(*GUADALUPE *se va por la izquierda.)* Tú, Pablito, vendrás conmigo a la estación. Miá no me pase lo que ayer en el pueblo, que si no me avisa uno de las carretillas, me meto en un tren que iba pa Zamora. ¡No quieas saber qué sofoco!

PABLO. Usté tuvo la culpa, que ya le dije yo a Nemesio que la acompañase, y usté no quiso.

DAMIANA. ¡Vé de ahí, bobo! ¡Güena ayuda es Nemesio!

D. GASPAR. Verdad que sí; el pobre no ha inventado la pólvora.

*(*GUADALUPE *vuelve a salir por la izquierda, con un sencillo abrigo obscuro y velo a la cabeza. Trae, además, un mantón y un pañuelo negro, que da a Damiana.)*

GUADALUPE. Ya estoy lista. ¿Vamos, Damiana?

DAMIANA. *(Poniéndose el pañuelo y el mantón.)* ¡Andando!

GUADALUPE. *(A don Gaspar.)* Le he dicho a la Eusebia que se esmere un poco, que almuerza usted aquí; pero siempre tendré yo que echar una mano.

D. GASPAR. Entonces, si trastorno, me voy.

GUADALUPE. *(Riendo.)* ¡Quite, don Gaspar!

PABLO. Salimos ganando con que ella guise.

DAMIANA. *(Impaciente, ya en la puerta del foro.)* Güeno, ¿nos marchamos, o qué? *(Se oye dentro un campanillazo.)*

GUADALUPE. ¡Ya, ya!... Hasta ahora mismo. *(Alzando la voz.)* Deja, Eusebia, que yo abriré.

DAMIANA. Que es mú tarde, y no quieo quearme en tierra. *(Se van por el foro* GUADALUPE *y* DAMIANA.*)*

D. GASPAR. Vayan ustedes con Dios. *(A Pablo.)* Esta Damiana es un cohete.

PABLO. ¡Toma! ¡Y lo será hasta que se muera!

*(*ECEQUIEL *entra por el foro.)*

ECEQUIEL. *(Al entrar.)* ¡«Guós» días!

D. GASPAR. *(Extrañado)* ¡Caramba, Ecequiel! ¿A qué vienes tú aquí?

ECEQUIEL. En su busca, mi amo. *(A Pablo.)* Salú, don Pablo. *(A don Gaspar.)* Que he estao ande los abonos, y me han dicho que no mandan los fosfatos a Babilafuente si usted no los fía. Que

aluego cuesta un mundo cobrarle aquella tropa.

D. GASPAR. ¡Vaya por Dios!

ECEQUIEL. Y como usté me dijo que los de Alaejos dicen que el de Babilafuente no ha pagao...

D. GASPAR. ¡Comprendido! Que se me pegan al bolsillo esas pesetas. *(A Pablo.)* ¿Qué te parecen los negocios que yo hago?

PABLO. ¿Tié usté más que no enviar los fosfatos?

ECEQUIEL. ¡Eso es lo indicao!

D. GASPAR. Hombre, no, que se trata de un padre de familia, y tiene los majuelos muy gastados, y si no los abona es como si le arruináramos. Algo hay que hacer por los pobres. *(A Ecequiel.)* Vuelve a la casa, y dí que los manden por mi cuenta.

ECEQUIEL. Es que si no firma usté no sé qué papeles no los mandan.

D. GASPAR. ¡También son desconfiados esos berracos!... Pues les dices que iré a firmar; pero que los fosfatos han de salir hoy.

ECEQUIEL. Güeno, sí, señor... Y usté verá lo que hace, que si valiera mi consejo... Como el de Babilafuente se arregoste a que le enviemos tó lo que pida, y que nos dé igual que pague o no pague...

D. GASPAR. Anda a lo que te he dicho, y no hables de más.

ECEQUIEL. Uno, callao, que usté es el que manda... ¡Miá si yo mandase! Con Dios, don Pablo. *(A don Gaspar.)* ¿Quié usté algo de mí?

D. GASPAR. Que digas que yo voy de aquí a un rato.

ECEQUIEL. *(Yéndose hacia el foro, y murmurando.)* Que yo arriendo un majuelo en Babilafuente, ¡fijo como la luz! ¡Asina que no es ganga! *(Se va por el foro.)*

D. GASPAR. *(A Pablo, cuando Ecequiel se ha ido.)* No sé que

tienen estos palurdos, que les molesta que se hagan favores a los demás.

PABLO. Si el Ecequiel sabe que ese individuo no le paga usté, hace bien recordándoselo.

D. GASPAR. ¡Pues sí...! ¡Como si Ecequiel fuese buen pagador!... No ya él, toda su familia me debe sabe Dios los miles de reales, de los que, naturalmente, me he despedido.

PABLO. ¡Tós son iguales!

D. GASPAR. Por eso da rabia...

PABLO. *(Sacando la petaca, y ofreciéndosela.)* ¿Quié usté liar un cigarro?

D. GASPAR. Trae para acá, hombre. *(Poniéndose a liar el cigarrillo.)* Buen tabaco gastas ahora.

PABLO. Habano, sí, señor.

D. GASPAR. ¿Te han traido contrabando?

PABLO. *(Liando también un cigarro.)* No, que es comprao en el estanco.

D. GASPAR. ¡Viva el lujo!

PABLO. El otro era mú fuerte, ¡y echaba un humazo...! Yo no lo había notao; pero un día se me acabó la picadura, y fué la Guadalupe y me dió un poco que tenía guardao del que mi padre fumaba. Y era de este... No porque él lo gastase a diario, sino porque ella le acostumbró a esta fineza, pa no atufar la casa con aquella peste del cuarteron. Y yo, ya ve usté...

D. GASPAR. No me digas nada. Gracias a que Guadalupe no le hace mal el humo del tabaco, que, si se lo hiciera, ni tú ni yo volvíamos a probarlo. No sé qué maña se da para meterle a uno en finuras, siendo ella una mujer criada a lo pobre. Pero tiene señorío; créeme tú que tiene señorío.

PABLO. Eso tié de nacer con la persona. Que hay que

verla cómo con unos trastos de ná arregla su casa que paece un oratorio, y cómo sabe mandar tal que si no mandase, pero que tós la obedecen.

D. GASPAR. ¡Es mucha Guadalupe! ¡Mira tú si me hubieses hecho el favor que te pedí...!

PABLO. ¿Toavía con eso? Ya sabe que no hubo ocasión.

D. GASPAR. ¡Vaya, déjame! Que no quisiste. No sé lo que os pasó, pero a tí te entró la murria, y a Guadalupe la prisa por irse de la finca. Y se le echó tierra a mi asunto.

PABLO. Aquello fué una bobada. La Damiana, que estaba siempre a güeltas con que tenía de respetar la casa e mi madre, y no llevar allí una mujer que no era aquel su sitio... Y acabó [illegible] por perder la cabeza.

D. GASPAR. Y por asustar a la muchacha, que salió de allí como una Magdalena.

PABLO. ¡Bien que lo sentí! Pero ya vió usté que yo mesmo vine a explicar lo ocurrío, y a que la Guadalupe me perdonase el arrebato.

D. GASPAR. El perjudicado fuí yo. Tú no te volviste a acordar de lo mío..., y va para cuatro meses.

PABLO. ¡Miá si no hay tiempo por delante! Yo estoy siémpre en hacerlo, y en hablarla a ella cuando venga a mano.

D. GASPAR. No sé a qué aguardas, que no tienes que aprender ningún discurso. Con decir: «Pues sabes que Gaspar piensa esto, lo otro y lo de más allá. A ver lo que tú piensas...», se concluyó.

PABLO. Mú fácil... pero usté no es quién pa decirlo. ¡A ver si no tié esto gracia!

D. GASPAR. No te burles, Pablo. Ya te expliqué mi cobardía.

PABLO. *(Sin ocultar su mal humor.)* ¡Güeno, don Gas-

par! ¡Si ya le digo que lo haré, que es bien poca cosa! Pero, ¡amos! sin atragantarme...

D. GASPAR. Si te enfadas, haz cuenta de que nada te dije, y perdona la libertad, muchacho.

PABLO. *(Arrepentido de su ímpetu.)* Usté es el que no tié de enfadarse, y disimular si tuve un mal modo. Que los viejos son ustés tós iguales, y na que uno dice lo toman a falta e respeto.

D. GASPAR. ¿Quieres callarte? ¡Estaría bonito que nos disgustásemos! Tú haces lo que quieras, y no hay más que hablar... Y voy a eso de los abonos, a firmar lo que sea.

PABLO. ¿No aguarda usté a las mujeres?

D. GASPAR. ¡Si vuelvo a escape...! No se enfriará por mí el almuerzo, descuida. *(Tendiendo la mano cordialmente a Pablo.)*

(DON GASPAR *se va por el foro, desde cuya puerta le ve marchar Pablo. Este pasea luego por la escena, fumando y preocupado por la conversación con su amigo; se acerca a la puerta de la izquierda, y llama desde allí.)*

PABLO. ¡Eusebia! ¡Chica!... ¡Ven acá!... *(Vuelve a sus paseos. Sale* EUSEBIA *por la izquierda.)*

EUSEBIA. ¿Ha llamao usté?

PABLO. Sí, mujer; tráeme un sorbo de agua fresca, que estoy sofocao.

EUSEBIA. *(Obsequiosa.)* ¿La quié usté con anís?

PABLO. La quiero de la fuente.

EUSEBIA. Voy ya mesmo. *(Se va por la izquierda.)*

PABLO. *(Volviendo a sus paseos.)* También es grande lo que se le ha dío a ocurrir a don Gaspar... *(Tirando con rabia el cigarro.)* ¡Y que haiga de ser yo el encargao...!

EUSEBIA. *(Saliendo con el vaso de agua en un plato.)* Aquí tié usté, don Pablo.

PABLO. *(Bebiendo el agua de un trago.)* Gracias.

EUSEBIA. ¿Se le ofrece algo más?

PABLO. No. *(Cuando Eusebia va a hacer mutis.)* Oye un momento. ¿Ha habido algún barullo con la Damiana?

EUSEBIA. ¡Quite de ahí! ¡Toas en la gloria...!

PABLO. Como tié esos arranques...

EUSEBIA. ¡Pobre vieja! ¡Ni se la ha sentío!...

PABLO. Más vale así. *(Cuando Eusebia va a volver a sus quehaceres, presta atención a un ruido de fuera.)*

EUSEBIA. *(A Pablo.)* Ya están de güelta.

PABLO. Poco han tardao.

(Llegan por el foro GUADALUPE *y* DAMIANA, *cargadas con paquetes que dejan sobre la mesa.)*

GUADALUPE. *(A Pablo, al entrar.)* ¿Cómo? ¿Está usted solo? ¿Y don Gaspar?

PABLO. Ahí fué a arreglar un barullo de que le habló el Ecequiel.

DAMIANA. ¡Qué humor el de ese güen hombre! Toa la semana holgando, y deja los quehaceres pa el domingo.

PABLO. ¿Se han acabao las compras?

DAMIANA. Ya, hijo, gracias a la Guadalupe, que se da el gran arte pa tó. ¡Bien la he molestao!

GUADALUPE. *(Risueña.)* ¡Si ha sido cuestión de diez minutos...! *(A Eusebia.)* ¿Qué haces? ¿Cómo están las cosas de ahí dentro?

EUSEBIA. Tó arreglao, que hasta he frito el pan de las torrijas. Sólo falta que usté haga el almuerzo.

DAMIANA. ¡Pos güen apaño, si es ella quien ha de hacerlo! ¡Jésus, qué mocerío el de ahora!

GUADALUPE. *(A Eusebia.)* Anda, vete a la cocina, que aun tenemos tiempo. Toma el velo y el abrigo.

(Se los quita y se los da. Eusebia va a irse, y Damiana la detiene.)

DAMIANA. Ten, muchacha; ayúdame a llevar esto a mi cuarto, que hay que hacer un envoltorio grande.

(Le da los paquetes que trajeron ella y Guádalupe, y EUSEBIA *se va por la izquierda.)*

GUADALUPE. *(A Damiana.)* Ahora le ayudo yo.

DAMIANA. Deje, creatura, que entre la Usebia y yo nos arreglaremos. *(A Pablo.)* Tú no te vas, ¿verdá, hijo?

PABLO. No, señora, que aquí aguardo.

DAMIANA. No tardará en ser hora e dirse. *(A Guadalupe.)* Y que tenemos de ajustar las cuentas, que no está bien que yo haiga venío aquí de pegote.

GUADALUPE. No se ocupe de eso, Damiana.

DAMIANA. *(A Pablo.)* Pero, ¿tú ves qué mujer, que tó lo que tié lo da, que paece millonaria? *(A Guadalupe.)* ¡Pos, hija, va usté a echar güen pelo, como hay Dios!

PABLO. *(A Damiana.)* Calle, agüela, que lo que se lleva usté es pa la finca, y yo me entenderé con la Guadalupe.

DAMIANA. Así me acomodo, que no quieo yo trastornar la casa ajena. ¡Güenos tiempos son estos pa andar con garambainas de regalitos y de: «Tú que no puedes cárgame a cuestas»!... Hasta ahora, que voy a preparar el equipaje.

(Se va por la izquierda, llevándose el paquete de ropas que Guadalupe dispuso al comenzar el acto.)

GUADALUPE. *(A Pablo, por Damiana.)* Con todo ese genio, es un pedazo de pan.

PABLO. Usté, que la ha domesticao.

GUADALUPE. ¡Qué atrocidad! ¡Ni que la Damiana fuese una loba que mordiera!

PABLO. Morder, no; pero algunas veces araña, créalo usté.

GUADALUPE. Ande y no exagere, que yo me llevo muy bien con ella. Siento que se vaya, la verdad. En estos ratos que estuvo aquí me hizo la gran compañía, y no tuvimos ni un sí ni un no.

PABLO. Con usté es difícil.

GUADALUPE. *(Con risueña conformidad.)* En fin, ¿qué hacer?... Hay que dejar que se marche, y quedarse otra vez aquí sola. *(Alegremente.)* Y vamos a prepararle el postre a Don Gaspar.

PABLO. ¡Eso está güeno! ¡Golosinas y tó...!

GUADALUPE. Dulce de pobre... *(Llamando desde la puerta de la izquierda.)* ¡Eusebia, tráeme para bañar las torrijas! *(Volviéndose a Pablo.)* Torrijas. Ya ve que no es para volverse locos...

PABLO. ¡Bien ricas que son!

GUADALUPE. Verdad, que a usted también le gustan.

(EUSEBIA *sale por la izquierda con una fuente honda llena de rebanadas de pan frito, y otra con miel para bañarlas.)*

EUSEBIA. *(A Guadalupe.)* Tenga usté.

GUADALUPE. *(Cogiendo las fuentes.)* Dame. ¿Mojaste el pan en leche?

EUSEBIA. *(Como si la pregunta fuera una ofensa.)* ¡Pos claro que sí!

GUADALUPE. Bueno, mujer; anda a lo tuyo.

(EUSEBIA *vuelve a irse por la izquierda, y Guadalupe extiende sobre la mesa un mantelito y pone en ella las dos fuentes, más otra alargada en la que va depositando las torrijas una vez que las baña en miel, utilizando un tenedor para la operación. Luego espolvorea de azúcar las torrijas Todo ello lo hace mientras dialoga con Pablo.)*

GUADALUPE. ¡Ea! ¡Verá usted qué pronto despacho!

PABLO. ¡Y que no le gustará a don Gaspar esta sorpresa!

GUADALUPE. Vaya por las que él suele darnos, que casi no hay domingo que no llegue acá con un obsequio.

PABLO. ¡Es güeno don Gaspar!

GUADALUPE. Para mí, tal que un padre.

PABLO. ¡Huy, si él la oyera a usté!

GUADALUPE. *(Sorprendida.)* ¿Pues qué he dicho...?

PABLO. ¡Ná! Eso de como un padre, que paece que le llama usté viejo.

GUADALUPE. *(Sonriente.)* ¡Ande, que me había asustado! Yo sé que don Gaspar es poco presumido, y no le gusta dárselas de mozo.

PABLO. ¡A saber si ha cambiao...!

GUADALUPE. ¿Por qué tiene de cambiar? Si él está recio, y saludable, y siempre con ese humor que dá gloria...

PABLO. ¡Ahora si le gustaría a don Gaspar oirla!

GUADALUPE. ¡Así que no se lo tengo dicho pocas veces!

PABLO. *(Resolviéndose, aunque con timidez.)* Pos quizá por eso anda él ilusionao.

GUADALUPE. *(Sin comprender.)* ¿Cómo...?

PABLO. Que a mí me paece que don Gaspar, con el trato de casi tós los días, y el venir a esta casa como a la suya, y el verla a usté en sus trajines, anda dándole güeltas a una idea...

GUADALUPE. ¿Quiere usted meterme en vacilaciones?

PABLO. El no para de hablar de la Guadalupe, y de lo maja y lo bien dispuesta que es la Guadalupe, y que pa llevar una casa en orden no hay como la Guadalupe, y digo yo que tó eso será con su aquel...

GUADALUPE. *(Que ha suspendido su tarea, soltando una alegre risotada.)* ¡Ay, qué gracia! ¿Qué cosas está inventando ahí? ¡Mire si don Gaspar le oyese! Ya teníamos buena guasa...

PABLO. *(Animado por la zumba de Guadalupe.)* Le advierto que lo que paece una imaginación mía pué ser tan verdá como la luz.

GUADALUPE. *(Siempre risueña.)* ¿Quiere usted callar, hombre de Dios?

PABLO. ¿Usté no ha pensao nunca que don Gaspar, con tanto venir a verle a usté, le tome ley a esta casa, y quiera cambiarla por la suya?

GUADALUPE. *(Volviendo a su labor.)* ¡Vaya, en qué líos estamos metiendo al pobre don Gaspar, que estará tan ajeno...!

PABLO. Pué que no lo esté tanto, que lo más disparatao tié a veces aire de verdá.

GUADALUPE. Usted no piensa lo que dice, Pablo. *(Con bondadosa formalidad.)* Le repito que don Gaspar es para mí... eso: como un padre. Y si lo de padre le sabe mal, ponga que es mi amigo, mi consejero, mi confesor, lo que usted quiera...

PABLO. ¡Razón de más...!

GUADALUPE. ¡Quite usted! Yo también, día que paso sin verle, día que estoy no sé cómo. Me he acostumbrado tanto a consultárselo todo, y a que él sea quien me dirija siempre, que a nada que se me ocurra yo misma me pregunto: «¿Qué le parecerá esto a don Gaspar?» Y con que a él le parezca bien, ya estoy segura de haber acertado.

PABLO. ¡Fíjese si no es pa que él se haga ilusiones!

GUADALUPE. *(Con gravedad.)* No, que él me respeta y me quiere bien, y sabe que yo no puedo ir por ciertos caminos. ¡Ay, madre! ¡Entonces sí que tendría razón la gente, que ya murmura más de lo justo! Sólo que, como ahora murmura sin motivo, ¡anda y que se despache!

PABLO. Pero pongamos que él viene como es de digni-

dá, como usté se merece; no en busca de una mujer sino de su mujer, suya, ¡pa él pa siempre! ¿Qué diria usté entonces?

GUADALUPE. *(Otra vez con el bullicio de la risa.)* ¡Déjese de historias, Pablo, por la Virgen Santa! ¡Pues sí que es broma! ¡Mire que yo...! ¡Vamos, ni pensarlo.

PABLO. ¿Que no? ¿Dice usted que no?

GUADALUPE. Suponiendo que eso fuera verdad, ¡no! Usted sabe que no, Pablo... Mi guía, mi hombre bueno, el que tiene toda mi confianza, ahora y siempre. Otra cosa, no. ¿Estoy yo loca, por si acaso? *(Rie franca y alborozadamente).*

PABLO. *(También entre risas, y respirando a sus anchas.)* ¡Ay, qué verdá ha dicho usté! ¡Que sí que sería una locura! Ya ha vivío usté sobrao sacrificá, pa que encima, a última hora... El güeno e don Gaspar se llevará un disgusto; ¡pero tié usté razón, Guadalupe!

GUADALUPE. *(Estupefacta.)* ¿Qué dice usted? ¿Es que esto no ha sido una broma?

PABLO. *(Rebosante de júbilo.)* No fué groma, no, y ya pueo decirlo. El propio don Gaspar me encargó que yo la hablase de esto, pa ver como usté pensaba y decidirse él o no. Y yo no tuve más remedio que hacerlo, con toa lo angustia el mundo, que era lo grande darle al hijo e mi padre este mandao...

GUADALUPE. *(Que, terminada su faena, oye absorta a Pablo y adivina en su nerviosa alegría lo que pasa por él.)* ¡Pablo...!

PABLO. ¡Si es mucha verdá, Guadalupe! El padre, el consejero, el amigo... ¡güeno vá! Pero de ahí no se pasa, que usté es joven y tié derecho a vivir según le acomode. Ya se esclavizó una

vez. ¡Lástima que otros viniesen a mandar en su voluntá ahora que pué ser libre! *(Advirtiendo que Guadalupe permanece llorosa y acongojada.)* ¿Se va usté a poner triste? ¡Tamién soy yo bruto, recordando lo que pasó, y que tié de olvidarse!... *(Acercándose a ella, que está inmóvil y con la vista fija en el suelo.)* ¡No se aflija usté! ¡Amos, Guadalupe...!

(Por la izquierda llega DAMIANA, *cargada con una cesta cubierta por un lienzo blanco, a modo de tapa, un enorme lío envuelto en un paño de colorines, y otros paquetes.)*

DAMIANA. *(Al salir.)* ¡Ajajá! ¡Ya lo tenemos tó listo! *(A Pablo.)* Anda Pablo, hijo, date priesa, no se vaya a dir el demonio el tren.

PABLO. Cuando usté quiera.

GUADALUPE. *(Saliendo de su abstracción.)* ¿Ya, Damiana?

DAMIANA. Sí, mujer, que estoy que no vivo por verme allá abajo.

PABLO. Toavía quea tiempo. A más, la estación está ahí orilla.

DAMIANA. No importa. Mejor es llegar por delante.

GUADALUPE. Voy a quitar esto *(Por los cacharros que utilizó.)* y a lavarme las manos.

DAMIANA. ¿Hemos estao de cocineo?

GUADALUPE. ¿Qué remedio? *(Se va por la izquierda con los cacharros.)*

DAMIANA. *(A Pablo, por Guadalupe.)* Es mú trabajadora, y tié muchos reaños pa tó.

PABLO. Ya sabía yo que acabaría usted confesándolo.

DAMIANA. Hijo, si no lo negué nunca. *(Suena dentro la campanilla.)*

PABLO. Ese tié que ser don Gaspar.

DAMIANA. Voy a abrirle. *(Se va por el foro, y vuelve en seguida, con* DON GASPAR *y* ECEQUIEL.)

D. GASPAR. *(Entrando, de broma.)* ¿Qué? ¿Está el almuerzo?

DAMIANA. ¡Jésus, qué agonía trae! *(A Ecequiel.)* Tú nunca has llegao en mejor ocasión.

ECEQUIEL. ¿Y eso...?

DAMIANA. Porque llevarás a la estación estos paquetes. *(Por los envoltorios y la cesta.)* Digo, si tu amo lo permite.

D. GASPAR. Le mandé yo venir por si le necesitaban para algún recado. De modo que acerté.

ECEQUIEL. *(De mal humor.)* ¡Pos si lo sé, no vengo!

DAMIANA. Primero te pican que dejes e gruñir. ¡Si no se te quebranta ningún güeso! *(Le va cargando todos los bultos.)* Nos aguardas en la estación; ¿no, Pablo?

PABLO. *(Que habla con don Gaspar, a Ecequiel.)* Sí; te esperas, que yo llevaré a la Damiana, y tú la acompañarás hasta que llegue el tren. *(Sigue hablando con don Gaspar.)*

ECEQUIEL. ¡Güeno, he hecho mi suerte' ¡Y que no pesan ná...! *(Por los envoltorios.)*

DAMIANA. Mejor, que asina haces gimnasia.

ECEQUIEL. ¡Amos, que un domingo que tié uno e descanso...! ¿Güelve usté pronto por aquí, agüela?

DAMIANA. *(Recelosa.)* ¿Por qué lo preguntas?

ECEQUIEL. Pa, cuando venga usté, dirme yo al pueblo. ¡Ea, quearse con Dios! *(A Damiana.)* Saldrá usté a abrirme, que a mí ya no me quean manos.

DAMIANA. ¡Anda, zoquete!

(Se van por el foro DAMIANA *y* ECEQUIEL.)

D. GASPAR. *(A Pablo, siguiendo la conversación.)* ¿Y le sentó mal?

PABLO. Lo echó a risa, que paecía que iba a troncharse.

D. GASPAR. Por lo menos, la hice reír. ¡Algo es algo!

*(*DAMIANA *vuelve por el foro.)*

DAMIANA. — Que ya nos vamos, Pablito. Voy por mis arreos y a decir adiós ahí drento.

(Se va por la izquierda.)

PABLO. — *(A Damiana.)* Bien. *(A don Gaspar.)* Dice que le mira a usté casi como a un padre; pero que lo otro sería una guillaúra.

D. GASPAR. — Después de todo, tiene razón. ¿Ves si yo la hablo? ¡Figúrate el paso que hago! Y gracias por el favor, muchacho...

PABLO. — ¿Quié usté callar? Lo que siento es no poderle dar la gran noticia. Pero ya está usté enterao, y eso es siempre mejor que ilusionarse a tontas y a locas.

D. GASPAR. — ¡Pues claro que sí! Bueno, ahora hasta me parece increíble que yo pensara tal disparate. ¿Cómo iba a cargar con este vejestorio una moza tan guapa? ¡Hubiese tenido que ver! *(Se echa a reír.)*

PABLO. — *(Satisfecho.)* ¡Eso es güeno! ¡Que tenga usté esa conformidá!

(Por la izquierda salen GUADALUPE *y* DAMIANA, *ésta ya con mantón y pañuelo a la cabeza.)*

DAMIANA. — *(Discutiendo con Guadalupe.)* ¡Que no lo consiento!. ¡Usté se quea en casa, que ya tié tarea pa rato! ¡Pos, hija, así que no he dao pocas molestias!

GUADALUPE. — ¡Qué bobada! Tenía yo ese gusto...

DAMIANA. — Ande, que ya lo dejamos tó charlao. Vámonos, Pablo.

PABLO. — *(Cogiendo su sombrero.)* Ya mesmo.

GUADALUPE. — Pronto volvió usted, don Gaspar.

D. GASPAR. — *(Bromista.)* Estaba más allá del puente; pero me dió el olor de las torrijas *(Señalándolas)*, y me vine al galope, dejando todos los asuntos. *(Guadalupe se echa a reír.)*

DAMIANA. *(Riendo también.)* ¡Miá el goloso! Ea, don Gaspar, hasta más ver, que ya supongo que usté caerá pronto por la finca.

D. GASPAR. *(A Damiana.)* ¡Naturalmente! Y me llevaré a Ecequiel, que hace con usted buenas migas.

DAMIANA. ¡Ave María! ¡Pos, sí...! *(A Guadalupe, besuqueándola.)* Adiós, hija, Guadalupe, y muchísimas gracias por tó.

GUADALUPE. De nada, mujer.

DAMIANA. Y no tengo que decirla que en mi probeza valgo poco, y ya se sabe que amigo que no presta y cuchillo que no corta, aunque se pierda poco importa; pero a mandarme siempre. *(Besándola de nuevo.)* Y a tener formalidá, y a que tó se arregle como Dios disponga. *(Haciendo pucheros.)* Hija, adiós, que miá que es grande que ahora le da a una pena dirse... Que ya de que estuve aquí cuando vino el Rey niño me pasó lo mesmo ande la posá.

GUADALUPE. *(Cariñosa.)* ¡Vamos, Damiana, no se ponga así!

PABLO. *(A Damiana.)* ¡Hala, agüelita, que con tó ese genio no tié usté más que mimo! *(A don Gaspar y Guadalupe.)* Hasta ahora. *(Se van por el foro* PABLO *y* DAMIANA, *que sale llorando. Guadalupe los acompaña hasta la puerta, y luego se vuelve y dice a don Gaspar:)*

GUADALUPE. ¡Pobre mujer! Se marcha llorando... Y a mí también me deja triste.

D. GASPAR. Eso es lo peor. No vale entristecerse, que ya sé que estaba usted de muy buen humor.

GUADALUPE. *(Sorprendida.)* ¿Yo? ¡Como siempre!

D. GASPAR. ¡Pues eso! Como siempre quiero yo verla; alegre y riéndose... aunque sea de mí.

GUADALUPE. ¿De usted, don Gaspar...?

D. GASPAR. Si uno da motivos, ¿por qué no? ~~Y yo les he~~

dado, hija. Un poco me avergüenza confesarlo; pero, ¿qué se le va a hacer? Usted me perdona, ¿no?

GUADALUPE. ¡Ay, Dios! ¿Qué tengo de perdonarle?

D. GASPAR. *(Con campechana resolución.)* Mi desfachatez. Pablo le habló por encargo mío, y hace cinco minutos que me ha colocado el magnífico par de calabazas que usted le dió para mí. *(Guadalupe, abochornada, baja la cabeza, y don Gaspar se echa a reír.)* ¡Pero, boba, si es lo más natural del mundo! Yo no soy ningún vanidoso. Tuve un momento de ceguera, porque, ¿quién no lo tiene? ¿A quién no se le llena alguna vez de humo la cabeza, y empieza a soñar imposibles? ¡Mayor imposible que el que a mí se me había ocurrido...!

GUADALUPE. Vamos, don Gaspar; ahora soy yo la que tiene que pedir perdón.

D. GASPAR. ¡Que no, mujer, que no me enfado! ¡Anda...! ¡Tenemos que reírnos pocas veces de esta chiquillada! ¿Cómo demonios me pude yo empeñar en hacer el Tenorio! ¡Doña Brígida, y gracias! *(Ríe francamente, y Guadalupe sonríe también.)* ¡Ea, ya está usted riéndose! Ya somos amigos, ¿verdad?

GUADALUPE. Pero, ¿quién pensaba otra cosa?

D. GASPAR. Yo, que tenía miedo de que mi estupidez trajese malas consecuencias. Es muy fuerte creer que se trata de una persona seria, y que de pronto resulte un zascandil... *(Cordialmente, y con sincera emoción.)* Yo quiero que comprenda usted mi intención, Guadalupe. Usted sabe mirar de frente a la desgracia; pero uno se da cuenta de todo, y la ve en esta lucha, usted sola contra todos los hipócritas del poblacho...

Y a mí se me ocurrió que podía usted vivir tranquila y sin ahogos, con una casa suya y un nombre suyo. *(Guadalupe escucha muy conmovida.)* Yo había pensado: «¿Qué necesita la Guadalupe? ¿Un nombre? ¡El mío! ¿Una casa? ¡La mía! ¿Un cariño honrado... y unos puños dispuestos a hacerla respetar de todo el mundo? ¡Los míos, qué caramba! *(Volviendo a reír.)* Bueno, vea usted si es gracioso. Antes de las calabazas no le digo yo a usted esto de corrido por todo lo que vale la Habana. Y ahora que me he desengañado.. ¡ahora largo el discurso, y le pido a Dios que usted me ponga de patitas en la calle!

GUADALUPE. Don Gaspar... ¿Es posible? ¡Don Gaspar...!

D. GASPAR. ¡Vaya, no se hable más de esto! ¿Qué se figuraba usted, amiga? ¿Que dejándome a la luna de Valencia se libraba de este pelma? ¡Pues, no, señor! Reconozco que fuí un gran egoista, y que aspiraba a demasiado. ¡Todo como antes, Guadalupe! Usted aquí y en esa tiendecita donde hace milagros; yo en mi concha, como un viejo galápago; y a seguir con nuestras juergas de los domingos, y que Pablo atienda a lo que sea menester, y, sobre todo, que usted no me tome ojeriza, ni se preocupe. Que sea usted la pájara alegre que elije la jaula de su gusto, ¡y Dios sobre todo, y aquí paz y después gloria!

GUADALUPE. *(Dolorida.)* ¡La pájara...!

D. GASPAR. ¿No le han puesto ese mote unos imbéciles? ¡Pues bendito sea el mote, que no sabe nadie lo difícil que es que una pájara vuele a sus anchas, sin ayuda de nadie, y pudiendo decirle a cualquier vejete: «¡Largo de aquí, so ma-

marracho!» *(Ríe otra vez con gran jovialidad.)*

GUADALUPE. *(Pasándose las manos por la frente, y con palabras acongojadas.)* Es que yo no sabía, don Gaspar... Pensé que todo era una broma de Pablo... Y veo que es en serio, y comprendo su caridad y su buen corazón...

D. GASPAR. Si habla así, mejor es que lo eche a broma.

GUADALUPE. ¿Cómo he de hablar? Hay un hombre bueno que me tiende la mano, que siente compasión de esta pobre pájara que todos desprecian...

D. GASPAR. *(Asombrado.)* ¡Guadalupe...!

GUADALUPE. Y viene aquí, y me habla de ese modo, y hasta cree que haré bien rechazándole... ¡Rechazarle yo, que me veo sin amparo...!

D. GASPAR. *(Acercándose a Guadalupe, y con voz en la que tiembla la esperanza.)* ¿Qué dice?

GUADALUPE. Usted conoce bien mi vida, que yo no tuve secretos para usted. Todo lo que fué vergüenza, y tristeza, y angustia, lo supo por entero. Y, sabiéndolo, me ofrece lo que me parecía imposible lograr. *(Tendiéndole las manos.)* ¡Gracias, muchísimas gracias!

D. GASPAR. *(Trémulo.)* Pero... explíquese, hábleme claro, que no me atrevo a adivinar lo que quiere decirme. *(Viendo que Guadalupe guarda silencio.)* ¿Es que no fué sincera con Pablo?... ¿Quiso oír de mis labios lo que yo no me resolvía a confesarle?... *(Guadalupe asiente.)* Y... y... ¿acepta usted...?

GUADALUPE. *(Luego de una pausa, cerrando los ojos y con un gesto de absoluta renunciación.)* Sí, don Gaspar.

D. GASPAR. *(Cruzando las manos, y como deslumbrado.)* ¡Dios mío!... *(Está un momento sin hablar, y luego su júbilo se desborda en frases entrecortadas.)* ¡Gualupe!... Pero esto, ¿puede ser?... ¿Es de veras

que no soy un viejo grotesco?... ¿Que usted... que tú...? ¡Ay, Pablo, granuja, qué mal rato me dió!... Y yo, teniendo que disimular, y que reírme... siendo ahora, Guadalupilla simpática, ahora cuando no sé si llorar, o si reír, o si decirte... *(La atrae hacia él, y busca su mirada, que ella procura desviar.)* lo que ya no te puedo decir, por que ya me he quedado sin palabras, y estoy lleno de vergüenza y temblando de gozo.

GUADALUPE. *(Con su bondad resignada.)* ¡Jésus, que hombre! ¡Cálmese!

D. GASPAR. ¿Calmarme? ¡Se dice muy pronto!... ¡Cálmate, Gasparón, cuando se te abre el cielo de golpe!... ¡Estáte tranquilo, como si no tuvieras nervios, ni sangre en las venas!... ¡Pues claro que sí!... ¡No salgas a la calle diciendo a gritos que eres el hombre más feliz del mundo!... ¡Pues claro que sí!

(Timbre dentro.)

GUADALUPE. *(Con mucho sobresalto.)* ¡Pablo!

D. GASPAR. Seguramente... Vaya sorpresa, ¿eh?... Y se alegrará, chiquilla... ¡Figúrate! ¡Como su propio padre! Porque él, que nos está viendo, que lee en tu corazón y en el mío... ¡él se alegra desde allá arriba, Guadalupe!

(Por el foro entra PABLO *y don Gaspar se lanza a abrazar al mozo, y le dice, muy alborozado.)*

¿Qué te creías, muchacho? ¿Que ibas a dármela, no? ¡A tí sí que te la dió esta moza! *(Por Guadalupe.)*

PABLO. *(Extrañado.)* ¿Qué dice usté?

D. GASPAR. ¿Yo? ¡Ella, ella, Guadalupe! Que ella te diga... *(Abrazado a Pablo.)* ¡Para mí, Pablito!... Me quiere, me acepta... Lo de antes fué una bro-

ma... Se acabó tu pesadilla de verla siempre en la pelea...

PABLO. *(Apartándose bruscamente de don Gaspar.)* ¿Cómo? *(A Guadalupe.)* ¿Eso es verdá? *(Guadalupe baja la cabeza, asintiendo.)*

D. GASPAR. ¿No ha de serlo? ¡Una verdad tan grande como la alegría que me brinca en el pecho, y que vamos a festejar ya mismo los tres, aquí, en el nido de «la pájara»! Que ahora me voy yo a vaciar las tiendas, y a asaltar las bodegas, y a entrar a saco en las confiterías. ¡Pues, digo...!

GUADALUPE. Deje, por Dios...

D. GASPAR. ¿Dejar? ¡Estaría bueno! ¡Hoy es día solemne! ¡Cómo siento no ser amigo del señor obispo, que, si lo fuera, menudo repique de campanas armábamos! *(Cogiendo su capa y su sombrero.)* Aguardad un momento. Voy... a todo eso, y a que me dé el aire, y a ver si estoy despierto, porque todavía creo que esto es un sueño... *(Riendo y abrazando a Pablo de nuevo.)* ¡Picarón, que te afligías al darme la noticia! ¡Alégrate ahora, Pablo!... Adiós, Guadalupe... Ya vuelvo... Ya vuelvo...

(Y se va por el foro, con su gozo vibrante y saludable. Apenas se ha ido, Pablo avanza hacia Guadalupe y la dice, arisco:)

PABLO. ¿Esto qué es?... ¿Qué groma se ha armao aquí? ¡Dígame que don Gaspar se ha güelto loco! ¡Dígamelo, Guadalupe! *(Al ver que ella guarda silencio.)* ¿Por qué se calla? ¿Es que usté, usté, va a ser pa ese hombre?

GUADALUPE. *(Serenamente.)* Yo para ese hombre, Pablo.

PABLO. *(Rabioso.)* ¡No, no! ¿A qué vino entonces aquel engaño? ¿Qué le he hecho yo a usté? ¡Que no sabía que tuviese usté mal corazón!...

GUADALUPE. Esto tenía que ser, y no parece sino que Dios le hace hablar así para que yo me justifique.

PABLO. *(Angustiado.)* ¡Mentira, mentira...! ¡Mentira lo de ahora, que no lo de endenantes! Que aquella risa, y aquel güen humor, y el alborozo con que echaba a burla lo que yo decía no era disimulo, no... ¿A qué vino ese cambio, Guadalupe?

GUADALUPE. ¡Ay, Pablo! Usted habla de mi alegría, y no se acuerda de la suya cuando yo creí que todo era una broma, que entonces fué cuando me dí cuenta y comprendí lo que no podía usted ocultar. Y eso no, Pablo, eso no... Porque usted y yo somos buenos, y hay entre los dos una sombra que nos separa, y ya que sobre mí han caído tantas maldiciones, no quiero que caiga de arriba la que más daño puede hacerme.

PABLO. *(Derribado sobre una silla y con temblor de llanto en la voz.)* ¡Usté pa ese hombre!... ¡Usté pa ese hombre!

GUADALUPE. Para ese hombre, sí, porque es el que puede separarnos. Porque si ya la sombra de antes no basta para quitarnos del peligro, nos quitará de él la obligación que tenemos de respetar al que me da su nombre. ¿No comprende usted, Pablo? ¿No piensa usted en el horror en que podíamos haber caído?

PABLO. *(Con vehemencia.)* ¿Y qué me importa? ¿Esto es un crimen? ¡Pos sea un crimen! ¡La quiero, Guadalupe! ¿Una vergüenza, una infamia? ¡La quiero!... ¿Olvidarlo tó, hasta lo más sagrao? ¡La quiero! ¿Sentir la carne hecha ascuas, que no sé ya si es del maldecío cariño o del propio pecao que me está abrasando? ¡La quiero!... Y sobre toas las cosas, y sobre las maldiciones que me echen, y sobre la tierra que se hunde

pa mí, y sobre el infierno que me trague, esta verdá tan grande: ¡La quiero, la quiero, la quiero! ¡Que paece que toa la angustia que me tié desgarrá la garganta se va en este grito condenao!

GUADALUPE. Calle, Pablo. Bien sabía yo lo que iba a pasar, que lo adiviné aquel día de la finca. Entonces, sólo a un grito suyo, vi clara la verdad, y le tuve miedo a esto de ahora. Y yo puedo ser mala para todos, menos para usted y para mí *(Llorando, acongojada)* Que por eso es por lo que huyo, porque yo quiero ser buena, y moriré buena... Mientras el recuerdo de lo pasado me libró de malas ideas, con él me conformaba y en él buscaba acobijo. ¡Y ya no, Pablo! Ya no basta el recuerdo, porque usted me quiere, y corre hacia mí... ¡y hay que poner algo entre medias, que no iban mis brazos a tener fuerzas para rechazarle!

PABLO. *(Acudiendo a ella, codicioso.)* ¡Guadalupe! ¡Mía, mía pa siempre!

GUADALUPE. *(Irguiéndose.)* ¡No! ¡Nunca, Pablo! He tenido el valor de decirle esto para que vea si sé sacrificarme, y para que quien nos oye no tenga que avergonzarse de mí, que a él se lo debo todo... Compréndalo usted, Pablo... Vea si es pena esto, que el único bien que Dios podía darme, tener un hogar y un nombre honrado, y alguien que me defienda, es el mayor martirio de mi vida...

PABLO. ¡Qué rabia, Dios, qué rabia!

GUADALUPE. Cálmese usted; tenga el mismo temple que yo, apártese de mi vera y sea feliz.

PABLO. ¿Me echa usté de su lao?

GUADALUPE. *(Con un grito de angustia.)* ¡Pablo!... *(Haciendo*

un nuevo esfuerzo.) ¡Pues sí, le hecho, si hace falta para salvarnos! Que he dado mi palabra, y me ofrecí a mí misma tener fuerzas hasta el final. ¡Le echo!

PABLO. ¡No, que están esos ojos negando lo que hablas, y no hay ley que consienta este sacrificio...! ¡No, que he oído de tu boca que me quieres también, y tó ese temblor y ese llanto es el cariño que se te escapa! ¡Guadalupe! ¡Mía, Guadalupe!... *(La ha abrazado, y, en lucha con ella, intenta besarla en la boca.)*

GUADALUPE. *(Rechazando a Pablo, espantada.)* ¡Ay! *(Restregándose con las manos la boca, como para borrar de ella el beso robado.)* ¡Vete! ¡Vete!

PABLO. *(Temeroso y suplicante.)* ¡No...!

GUADALUPE. ¡Vete! ¡Para siempre! Lo quiero, lo mando. ¿No oyes, Pablo? ¡Márchate pronto, que quiero que te marches!... *(Ante la desesperada actitud de Guadalupe, Pablo, luego de un momento de vacilación, coge el sombrero y va hacia el foro. Allí se detiene, mirando a Guadalupe con gesto angustioso.)* Pero, ¿no oyes...? ¿No oyes...? ¡Vete!... (PABLO, *desesperado, se va, como en fuga. Guadalupe rompe a llorar, mezclando risas a su llanto, y alzando los brazos al cielo, como si la mirasen desde allí, exclama:)* ¡Buena, siempre buena!... Ya ves que soy buena, y que he sabido resistir... ¡Y que tú me has salvado!

TELÓN

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, enero 1926



Sociedad de Autores
Españoles: Prado, 24

3 pesetas